

ORACION EN SUFRAGIO POR LAS VICTIMAS DE CHINCHINA

1. Padre misericordioso, dueño de la vida y de la muerte.

Nuestro destino está en tus manos.

Míranos con bondad y gobierna nuestra existencia con tu Providencia, llena de sabiduría y amor.

Ante las fuerzas de la naturaleza que aquí se desbordaron, nos hemos sentido desvalidos.

Ante el misterio de tanta muerte y dolor de nuestros hermanos, hemos quedado confundidos.

Por eso, Padre, nos dirigimos a Ti.

2. Aviva en nosotros, Señor, la luz de la fe para aceptar

el misterio de este dolor intenso,

y creer que tu amor es más fuerte que la muerte.

Mira, Señor, con bondad la aflicción de los que lloran la muerte de sus seres queridos:

hijos, padres, hermanos, parientes, amigos.

Que sientan la presencia de Cristo

que consoló a la viuda de Naín

y a las hermanas de Lázaro,

porque El es la resurrección y la vida.

Que encuentren el consuelo del Espíritu,

la riqueza de tu amor, la esperanza de tu providencia

que abre caminos de renovación espiritual

y asegura a los que le aman un futuro mejor.

3. Ayúdanos a aprender de este misterio de dolor

que somos peregrinos en la tierra,

que hemos de estar preparados siempre,

porque la muerte puede llegar de improviso.

Recuérdanos que hemos de sembrar en la tierra

lo que recogeremos multiplicado en la gloria,

para que vivamos siempre mirándote a Ti,

Padre y Juez de vivos y muertos,

que al final nos juzgarás en el amor.

4. Te damos gracias, Padre, porque en la fe

el dolor nos acerca más a Ti,

y en él crece la hermandad y la solidaridad

de todos los que abren el corazón al prójimo necesitado.

Desde este lugar que guarda

los restos mortales de tantos hermanos nuestros

escucha nuestra oración:

"Dáles, Señor, el descanso eterno

y brille para ellos la luz perpetua.

Descansen en paz".

Y a quienes seguimos viviendo,
peregrinos en este valle de lágrimas,
danos la esperanza de reunirnos contigo,
en tu casa paterna,
donde tu Hijo Jesús nos ha preparado un lugar
y la Virgen María nos guía
hacia la comunión de los Santos.
Amén.

ORACION POR LOS DIFUNTOS DE LA CATASTROFE DE ARMERO

ARMERO
(06.07.1986)

1. Padre celestial,
de quien procede todo bien,
recibe compasivo en tu seno misericordioso
a tantos hermanos nuestros aquí sepultados
por las fuerzas desatadas de la naturaleza.
Condúcelos a la morada eterna
que Jesús, tu Hijo, ha preparado
a los que lo reconocen como tu enviado
y lo sirven con amor, descubriendo su presencia
en los hermanos más pequeños.
Estos hijos tuyos, Padre de bondad,
cayeron como trigo en las entrañas de la tierra
para germinar en la resurrección de los muertos.
Ellos, creyeron y esperaron en tí;
recibieron el bautismo de regeneración,
se nutrieron con la Eucaristía
que es germen de inmortalidad,
vivieron en el amor con que premias eternamente.

2. Padre, rico en misericordia,
consuela el dolor de tantas familias,
enjuaga las lágrimas de tantos hermanos,
protege la soledad de tantos huérfanos.

Infunde a todos ánimo y esperanza
para que el dolor se cambie en gozo
y la muerte, por la fe, sea germen de vida nueva.
Haz que mediante la solidaridad,
el trabajo y el tesón
de las gentes de esta tierra,
surja, como de entre las cenizas,
una nueva ciudad de hijos tuyos y hermanos,
donde reine la fraternidad,
se renueven las familias,
se llenen de pan las mesas
y de cantos los hogares y los campos.

3. Bendice esta cruz alzada aquí
como signo de nuestra Redención,
baluarte de esperanza,
símbolo de muerte y de vida,
de dolor y de gozo.
Esta cruz que es el trono de Cristo, tu Hijo, desde donde,
levantado, reina
atrayendo todas las cosas hacia El.
Que todas las miradas se vuelvan
hacia esta cruz, árbol de vida,
punto de convergencia entre el cielo y la tierra,
donde se obtiene la reconciliación
y renace la esperanza.

Y que junto a la Cruz y el dolor de cada uno
esté siempre María, la Madre de Jesús,
para acompañarnos en todas las penas,
para animarnos con su mirada maternal,
para ayudarnos a construir una sociedad nueva
con la civilización del amor.

4. Te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo,
en quien creer es vivir
y a quien servir es reinar.
El vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos, Amén.

BREVE SALUDO A LOS DAMNIFICADOS DE LA CATASTROFE DE ARMERO

LERIDA
(06.07.1986)

Señor Presidente de la República,
Queridos hermanos en el Episcopado;
Autoridades departamentales,
Junta Directiva de Resurgir,
Amadísimos hermanos y hermanas todos:

La catástrofe que el volcán Nevado del Ruiz provocó, sobre todo en Armero y Chinchiná, conmovió profundamente mi corazón. A medida que me iban llegando las noticias de la tragedia — ¡tantos muertos, tantas familias destrozadas, tantos hombres y mujeres desamparados, tantos niños huérfanos! — junto con mi ferviente plegaria al Señor nacía en mi espíritu el deseo de visitar los lugares, en los que se hallan sepultadas miles de víctimas.

Por la misericordia de Dios aquel deseo se ha cumplido y me encuentro hoy aquí entre vosotros como *Padre y Pastor que peregrina al mundo del sufrimiento*; aquí estoy junto con la Iglesia en Colombia y unido a toda la nación solidaria.

Tras haber orado por las víctimas de la tragedia de Armero, he venido hasta Lérica para recordar y meditar con vosotros, damnificados y familiares de los que perdieron la vida, sobre el sentido cristiano y salvífico del dolor, que acompaña siempre al hombre, como la cruz acompañó a Cristo y fue el fundamento de su glorificación (cf. Carta Apostólica *Salvifici doloris*).

He venido para sembrar en vuestros corazones de creyentes palabras de esperanza; sí, soy portador del Evangelio, que desde la fe proyecta su luz sobre el misterio del sufrimiento y abre perspectivas inmensurables de consciente resignación, de ánimo, de paz. Quisiera llegar en mi condolencia y afecto a cada uno de vuestros hogares para compartir vuestras penas y deciros: volved vuestro rostro doliente al Señor, a Jesús crucificado y resucitado, que es fuente de consuelo y de esperanza pascual.

Una esperanza que se inspire en el Evangelio y que os mueva a mirar confiadamente hacia el futuro. La nueva ciudad que aquí en Lérica se levanta debe ser como un canto a la laboriosidad y a la fe en Dios.

Muchas personas de buena voluntad en Colombia y en el mundo os han acompañado, con un corazón solidario, en las horas del dolor y de la prueba. Os ha acompañado la Iglesia y la presencia del Papa aquí, en medio de vosotros, quiere

ser un signo de solicitud pastoral, de cercanía, de amor.

Con vuestros esfuerzos y los de todos los colombianos la ciudad que aquí surja debe representar un reto y una invitación a poner, ya desde el principio, los cimientos de una sociedad que crezca y se desarrolle según las exigencias de la civilización del amor, a que me he referido durante esta visita pastoral a Colombia.

Así como se están echando las bases para una nueva estructura urbanística, social, laboral, etc. de la misma manera deberá cuidarse todo lo que mira al desarrollo integral de las personas; y particularmente a la necesidad de una proyección cristiana que anime todas las actividades que se emprenden: participad activamente en esta empresa de tanta importancia con gran confianza en la Providencia Divina, en vosotros mismos y en la sociedad.

En la visita que acabo de efectuar a Armero he querido orar por los difuntos para que Dios les conceda el descanso eterno.

También deseo orar por vosotros, damnificados y familiares de las víctimas, para que Dios os dé comprensión y amor abriendo vuestras vidas a la perspectiva de un futuro mejor.

Bendigo a todas las familias que sufren por la desaparición de seres queridos. Bendigo a todos los amados hijos de esta región, y del departamento del Tolima.

Que mi bendición, que os doy en el nombre de Dios Omnipotente, Señor de la vida y de la historia, os infunda nuevas energías para seguir en vuestro caminar con decisión, con entereza, con esperanza cristiana.

BREVE DISCURSO A LA HORA DEL ANGELUS

BUCARAMANGA, CAPILLA DEL SEMINARIO
(06.07.1986)

Sea alabado Jesucristo. Congregados en la Capilla del Seminario Mayor de Bucaramanga, acompañado por mis hermanos los Obispos, sobre todo el Arzobispo de Bucaramanga, vuestro pastor, los sacerdotes y seminaristas de las provincias eclesiales de Bucaramanga y Nueva Pamplona, recordamos el momento de la encarnación del Hijo de Dios. Vale decir, vamos a evocar el comienzo de nuestro propio sacerdocio. El Verbo, el Hijo de Dios, por la acción del Espíritu Santo en las mismas entrañas de Nuestra Señora se hace pontífice, mediador entre Dios y los hombres.

Nos hemos reunido para orar con las palabras de Nuestra Señora, la Virgen María, y para orar a ella. Mi viaje a Colombia está enmarcado por el contexto de este Año Mariano que recuerda los cuatrocientos años de signo especial de la Providencia de Dios sobre este querido país de la Virgen de Chiquinquirá. En la escuela de la Virgen María quiero que todos vosotros aprendáis, ante todo, la lección de la fidelidad, como ya lo dije cuando llegaba por primera vez a América Latina. Es de fidelidad, de búsqueda del designio de Dios, para ella y para el mundo, en la aceptación, con la disponibilidad de quien se abre para ser alzado por alguien más grande que el propio corazón, en coherencia, ajustada la propia vida al objeto de la propia adhesión. Es, en fin, constante: solo puede llamarse fidelidad la coherencia que dura a lo largo de toda la vida como lo afirmaba en aquella oportunidad en la Catedral de México en 1979: "La fidelidad se debe traducir hoy en una actitud de conocimiento, de amor, de aceptación de la Iglesia y a la Iglesia".

Oremos queridos hermanos y hermanas, hijos e hijas, por los 81 seminarios mayores que tiene el país y por los 45 seminarios menores. Oremos por los 3.455 alumnos de los seminarios mayores en este año. Oremos en fin, por toda la juventud colombiana para que descubra la alegría de la entrega al Señor en el servicio Apostólico de los hermanos.

ANGELUS...

INTERCAMBIO DE MENSAJES

Ciudad del Vaticano
 Excmo. Mons. Mario Revollo Bravo
 Arzobispo de Bogotá

Concluida mi Visita Pastoral a Colombia deseo agradecer vivamente a usted, a los hermanos en el Episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de esa querida Arquidiócesis de Bogotá y de toda la región, las reiteradas expresiones de afecto y cercanía que de modo tan elocuente han mostrado durante los diversos momentos de dicha visita de la que guardo muy gratos recuerdos que se hacen plegaria por la continuada fidelidad eclesial de los amadísimos colombianos, a quienes renuevo con sentimientos de profunda benevolencia mi bendición apostólica.

JOANNES PAULUS PP. II

Santísimo Padre
 Juan Pablo II
 Ciudad del Vaticano

Con viva emoción he recibido el telegrama con que vuestra Santidad se ha dignado agradecer las muestras de afecto de la feligresía bogotana con motivo de vuestra inolvidable visita pastoral. Nuestro agradecimiento va acompañado del propósito de hacer fructificar vuestra enseñanza y de la plegaria fervorosa por vuestra sagrada persona, cuya bendición apostólica anima y fortalece nuestro espíritu para continuar con renovado esfuerzo el servicio a Cristo y a su Iglesia.

MARIO REVOLLO BRAVO
 Arzobispo de Bogotá

TELEGRAMA AL PRESIDENTE DE COLOMBIA

Apenas ha partido de Colombia, el Santo Padre ha enviado al Excmo. Señor Don Belisario Betancur, Presidente de la nación, el siguiente telegrama:

"Concluida mi visita apostólica quiero reiterar a Ud. Señor Presidente, a las autoridades y a todo el pueblo fiel colombiano mi sincero y profundo agradecimiento por las pruebas de afecto, cortesía y deferencia que me han manifestado durante estas inolvidables jornadas eclesiales. Acompañado por recuerdos tan gratos, elevo mis plegarias al Señor por la paz y prosperidad cristiana y social de esa nación, que me es tan querida, a la que reitero mi bendición apostólica".

JOANNES PAULUS PP. II

Santísimo Padre:

Recojo las vivencias espirituales de los colombianos con motivo de la visita de S.S. a nuestra patria, para reiterar a S.S. nuestra gratitud por habernos permitido compartir aquellas jornadas en un himno de justicia y de paz.

En su mensaje de despedida dijo S.S.: "El Papa se va pero queda con vosotros". Ha sido así: Nos ha dejado los horizontes de la reconciliación, el entendimiento y el reencuentro con los grandes valores cristianos, nos ha dejado el comienzo de una nueva era de reflexión y de mayor aproximación a las verdades exultantes que el Papa encarna.

En su augusta visita, Colombia se demostró plena, con toda la fuerza de su espíritu y de su historia. Con sus riquezas espirituales, allí estaba nuestro pueblo fervoroso, en actos que patentizan sus raíces sencillas y sus claras virtudes.

Es cierto que aún la injusticia se cierne sobre sectores de nuestra comunidad; pero al tiempo en el rostro de Colombia brillan la esperanza y el anhelo de trabajo, el deseo de un futuro mejor y la fe en que alcanzaremos tales aspiraciones de prosperidad y convivencia basadas en un orden justo.

La imagen, los mensajes, las acciones de S.S. a nuestro pueblo; y la bendición que como padre ha derramado por los caminos de Colombia, quedan como excelso venero de este pueblo, que pide a Dios que conserve a S.S. por muchos años para bien de la humanidad.

Filialmente

BELISARIO BETANCUR
 Presidente de Colombia

EVOCACION DE LA VISITA APOSTOLICA A COLOMBIA

CATEQUESIS MIÉRCOLES, 16 DE JULIO

1. "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia": Estas palabras expresan el motivo principal sobre el cual los obispos colombianos han centrado la peregrinación del Papa a su patria.

Deseo agradecer cordialmente a ese Episcopado la invitación a realizar esta visita, que he podido llevar a cabo en los primeros días de julio.

Agradezco al propio tiempo a las autoridades estatales y, en particular, al Presidente Betancur, tanto su invitación como las diversas facilidades que he tenido en el desarrollo de este ministerio pastoral "por los caminos de Colombia".

2. Estos "caminos" ponen de relieve ante todo la "geografía" de la visita.

Colombia es un gran país (más de un millón de kilómetros cuadrados). Su mayor parte, hacia el sudeste, está cubierta por la selva ecuatorial y está poco habitada. Más densa de población es, en cambio, la costa del Pacífico, donde los habitantes son en su mayoría afroamericanos. Sin embargo, la mayoría de los colombianos se concentra en la región central, entre las grandes cadenas de los Andes, y en la costa Atlántica, la zona del Caribe.

De este modo se explica bien el itinerario de la visita. Iniciado en la capital, Bogotá, el camino se ha dirigido primero al sur: Cali-Tumaco (costa del Pacífico) -Popayán, para

orientarse después hacia el norte: Pereira-Medellín-Bucaramanga, hasta la costa del Atlántico: Cartagena-Barranquilla.

3. En la geografía de la peregrinación, así delineada, se inscribe también su *dimensión histórica*: la historia del país va al mismo ritmo que la historia de la evangelización.

Nos acercamos al quinientos aniversario del *descubrimiento de América* y al mismo tiempo del comienzo de la evangelización en dicho continente. Para Colombia este comienzo se vincula con el 450 aniversario de la milagrosa renovación de la imagen de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá. Por ese motivo se ha querido celebrar en Colombia también un Año Mariano nacional.

A este santuario se orientó también la peregrinación del Papa el 3 de julio para dar gracias al Señor y a la Virgen Santísima por el gran don de la fe y para rogar a fin de que ella produzca siempre abundantes frutos.

Los comienzos de la evangelización traen a la memoria a aquellos a los que esta obra tanto debe en el curso de las generaciones: los sacerdotes, las familias religiosas, los laicos, recordando especialmente las figuras célebres de *San Luis Beltrán* y de *San Pedro Claver*.

4. Desgraciadamente, Colombia —país rico y bello— es con frecuencia víctima de calamidades naturales. En

1983 un terrible terremoto devastó la ciudad de Popayán; y en noviembre de 1985, la explosión del volcán Nevado del Ruiz causó daños ingentes y numerosas víctimas humanas.

La peregrinación a lo largo de "los caminos de Colombia" me ha conducido por ello también a estos lugares de destrucción y de sufrimiento: Popayán, Chinchiná, Armero, Lérída, donde me he detenido en oración y donde he exhortado a todos a la confianza en Dios y al compromiso fraterno.

5. Invitando al Papa a recorrer estos caminos de Colombia, con el espíritu de la paz de Cristo, los Pastores de la Iglesia han tenido ante sus ojos sobre todo la obra universal de la evangelización. Ciertamente la evangelización quiere lograr que Cristo se convierta en nuestra paz y nuestra reconciliación con Dios y con los hombres.

Tanto el Episcopado de Colombia como los obispos de toda América Latina tienen esta convicción y nutren esta esperanza. El encuentro del 2 de julio con la Conferencia Episcopal Colombiana y con el Consejo Episcopal Latino Americano ofreció la ocasión propicia para relanzar a toda América Latina la llamada a la paz en Cristo, a la reconciliación, a la justicia social, a la solidaridad.

De aquí proviene la especial solicitud por las vocaciones *sacerdotales y religiosas*, que quedó solemnemente destacada con la ceremonia de las ordenaciones sacerdotales en Medellín (5 de julio) y en el encuentro con las religiosas (5 de julio), y con los dirigentes de la Confederación Latino Americana de Religiosos (2 de julio).

6. Unido a la solicitud por los sacerdotes y por las personas consagradas va el despertar de la conciencia del

apostolado de los laicos. Este punto tan importante en la Iglesia y en la sociedad actual fue especialmente desarrollado durante la Santa Misa en Bucaramanga (6 de julio) con la participación de representantes de las organizaciones y de los movimientos del laicado.

Se ha hablado especialmente acerca de la familia en la celebración eucarística de Cali (4 de julio), acerca de los jóvenes en el grandioso encuentro de Bogotá (2 de julio), acerca de los niños y sus movimientos misioneros también en Cali (4 de julio), a los hombres de cultura en Medellín (5 de julio) y finalmente, al mundo del trabajo en la industria y sobre todo en la agricultura.

7. La Iglesia en Colombia es consciente de que siempre es misionera; pero no sólo en Colombia, ya que en toda América Latina hay territorios que exigen una pastoral misionera (cf. Discurso en Tumaco, 4 de julio).

Esta conciencia se vincula con la necesidad de asumir también tareas de carácter social en las relaciones con los grupos indígenas (indios, Popayán, 4 de julio), así como con los afroamericanos, descendientes de aquellos que los colonizadores, en otros tiempos, transportaron allí como esclavos (Discurso en Tumaco, 4 de julio, y luego en Cartagena, 6 de julio), y con los grupos socialmente deprimidos, como testimonia el encuentro con los habitantes de los "barrios" en Bogotá (3 de julio) y en Medellín (5 de julio).

8. A fin de que la paz, que Cristo trae, pueda dominar por los caminos de Colombia, es necesaria una evangelización completa y coordinada con el espíritu de la doctrina social de la Iglesia, comprometida en múltiples actividades en favor de la justicia social, de la salvaguardia y promoción de los

derechos de la persona, de la familia y de las comunidades humanas, de forma que se cree una más equilibrada igualdad en medio de los evidentes contrastes de un mundo muy rico y otro demasiado pobre.

Todo esto se ha hecho oír en diversas ocasiones durante la peregrinación por los caminos de Colombia (cf. por ejemplo, los discursos a los grupos dirigentes, 1 de julio, o el de despedida en Barranquilla, 7 de julio). Reflexionando sobre la vida y la obra de San Pedro Claver, podemos decir que esta heroica figura de misionero es un signo de la auténtica "teología de la liberación".

9. En el curso de esta peregrinación —de la cual conservo en el corazón un profundo recuerdo— he encontrado una nación profundamente cristiana, llena de esperanza, amante de la paz. Por desgracia esta nación está perturbada por el fenómeno doloroso de la guerrilla, que origina tantos sufrimientos y tanto derramamiento de sangre. Desde la ciudad de Bogotá he hecho una llamada para que quienes se han lanzado por este camino "orienten sus energías —inspiradas acaso por ideales de justicia— hacia acciones constructivas y reconciliadoras que contribuyan verdaderamente al progreso del país". Las graves desigualdades sociales se deben superar mediante el diálogo entre las partes: éste es el camino que la Iglesia invita a recorrer desde hace tiempo.

En Colombia he encontrado un pueblo bueno, que quiere luchar contra la esclavitud de la droga, comercio de muerte practicado por un grupo de personas que no refleja el alma y el rostro auténtico de la nación.

Gran esperanza para el futuro de aquella amada nación ofrece la vitalidad del laicado católico, el cual va tomando progresivamente conciencia del propio papel en la Iglesia y de las

propias responsabilidades en el compromiso social iluminado por el Evangelio. Se están recogiendo también frutos consoladores en el campo de la pastoral familiar y en el otro, estrechamente vinculado con él, de la pastoral de las vocaciones: jóvenes y chicas en un número cada día más consistente responden con el don total de sí a la invitación de Cristo y aceptan seguirlo sin reservas, poniendo sus propias energías al servicio del reino. Esto permite a la Iglesia que está en Colombia ayudar con sus propios sacerdotes, religiosos y religiosas a otras Iglesias.

10. El viaje apostólico a Colombia se ha concluido con la visita pastoral posterior a la Isla de Santa Lucía: una visita breve, de pocas horas, pero bastante intensa y calurosa. Recuerdo con viva emoción la celebración eucarística en "Reduit Park" de Castries, donde he evocado que la fe es un don precioso, que ha configurado la cultura y la historia de aquella isla. Me he encontrado después con los enfermos, minusválidos y ancianos en la catedral, llevándoles una palabra de aliento.

A todos renuevo la exhortación a la fervorosa perseverancia en la fe cristiana con la coherencia de su vida y el compromiso de la caridad.

Deseo dar las gracias al Gobernador General, Sir Allen Montgomery Lewis, al obispo de Castries, monseñor Kelvin Edward Felix, a todas las autoridades civiles y religiosas, y a la querida población, tan profundamente cristiana.

11. Al terminar este intenso viaje apostólico deseo mostrar mi gratitud de corazón a todos aquellos que con fe viva han rezado y me han acompañado con su afecto. He llevado a cabo en nombre de Dios, un servi-

cio eclesial. A todas las clases de personas he explicado la Palabra de Cristo que ilumina y salva; a todos, humildes y grandes, pobres y ricos, sanos y enfermos, pequeños y adultos, he dejado un mensaje de amor y de ánimo. Para todos he invocado justicia, concordia y ordenado progreso.

¡Deseo de corazón a las multitudes de Colombia y también a los queridos fieles de Santa Lucía la paz de Cristo, con una fe cada vez más ardiente y fervorosa, con una caridad cada vez más dinámica y comprometida, con una fraternidad siempre más sensible y cordial!

DISCURSO A LA PONTIFICIA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS

Señores Cardenales, Señor Director General de la UNESCO, Señor Ministro italiano para la investigación científica, Excelencias, Señoras y Señores:

Con una gran alegría celebro con ustedes el cincuentenario del documento con el cual el Papa Pío XI renovó la Pontificia Academia de los "nuevos Linceos" para convertirla en la *Pontificia Academia de las Ciencias* por el "Motu proprio" *In multis solacii*, del 28 de octubre de 1936.

APORTACION DE LOS PAPAS

1. La palabra "Linceo" pertenece a vuestra historia y a vuestro mismo ser, queridos académicos, desde que vuestro origen y vuestra inspiración fundamental proceden de aquel grupo de jóvenes científicos que, reunidos en torno al Príncipe Federico Cesi, dieron origen, en 1603, a la Academia de los "Linceos" de la cual formó parte en 1610 Galileo Galilei, que desde entonces marcó todas sus obras con el título de "Linceo".

Las relaciones entre la Iglesia y la Academia fueron particularmente intensas bajo Pío IX, quien le confió tareas de investigación científica al servicio de los Estados Pontificios; se profundizaron luego todavía más bajo sus sucesores, sobre todo bajo Pío XI, que le confirió el título y la función de *Senatus scientificus* de la Iglesia, constituido por setenta miembros a los cuales el Soberano Pontífice pidió "favorecer cada vez más y mejor los progresos de las ciencias", añadiendo: "Nosotros no les pedimos otra cosa, pues esta noble finalidad y esta elevada tarea constituyen el servicio que nosotros esperamos de hombres estrechamente vinculados a la verdad".

Mis venerados predecesores Pío XI, Juan XXIII y Pablo VI promovieron la Pontificia Academia plenamente convencidos del papel indispensable de la ciencia al servicio de la verdad creada, y finalmente al servicio de la Verdad primera que es Dios, siguiendo el camino de lo finito a lo infinito inscrito en el espíritu humano. Los Soberanos Pontífices han sido secundados activamente por los Presidentes

que se han sucedido, el Padre Agostino Gemelli, monseñor George Lemaître, el padre Daniel O'Connell, hasta el profesor Carlos Chagas, a quien dirijo mi más profundo agradecimiento por la obra importante que está llevando a cabo. Gracias a estos Presidentes, gracias también a la colaboración de todos los miembros y de la Cancillería, esta Academia ha adquirido un prestigio insigne y realiza una función científica de muy alto nivel, requiriendo además la participación, en importantes trabajos, de numerosos representantes de la comunidad científica mundial.

LIBERTAD Y LEY MORAL

2. A lo largo de vuestros cincuenta años de historia, señoras y señores, habéis otorgado justamente la primacía a la *ciencia pura*, reivindicando su legítima autonomía. Al dirigiros mi primer discurso, aquí mismo, el 10 de noviembre de 1979, proclamé la dignidad y el alto valor de la ciencia en lo que concierne a su vertiente teórica: "La investigación fundamental debe ser libre ante los poderes político y económico, que han de cooperar a su desarrollo sin entorpecerlo. . . Al igual que todas las demás verdades, la verdad científica no tiene efectivamente que rendir cuentas más que a sí misma y a la Verdad suprema que es Dios, creador del hombre y de todas las cosas" (n. 2: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 2 de diciembre de 1979, pág. 9).

Además de la ciencia pura, vosotros estáis consagrados al estudio de sus consecuencias sobre la *ciencia aplicada* que, como yo decía en aquel mismo discurso, "ha prestado y seguirá prestando inmenso servicio al hombre por poco inspirada que esté en el amor, regulada por la sabiduría, acompañada de valentía que la defiende contra la ingerencia indebida de todos los poderes tiránicos" (n. 3). Vuestra Academia se ha ocupado activamente de las ciencias aplicadas en lo concerniente a las necesidades de la humanidad entera, teniendo siempre conciencia clara de las exigencias de la ley moral.

DIALOGO ENTRE LA IGLESIA Y EL MUNDO CIENTIFICO

3. La existencia y la actividad de esta Academia, fundada por la Santa Sede, en relación continua con ella, compuesta por miembros nombrados por ella, ilustran ante todo este hecho: *no hay contradicción entre la ciencia y la religión*. La Iglesia estima la ciencia, reconoce incluso que tiene una cierta connaturalidad con quienes consagran sus esfuerzos a la ciencia, como con todos los que intentan abrir la familia humana a los más nobles valores de la verdad, del bien y de la belleza, a una inteligencia de las cosas que tenga valor universal (cf. *Gaudium et spes*, 57, 3). La Pontificia Academia manifiesta igualmente, por su parte, que la *ciencia* tiene necesidad de sintonizar con la sabiduría y con la ética, con el fin de satisfacer las exigencias más profundas del espíritu y del corazón del hombre, con el fin de salvaguardar su dignidad.

Un nuevo tipo de diálogo se ha instaurado desde hace tiempo entre la Iglesia y el mundo científico. En mi discurso a los hombres de ciencia y a los estudiantes, el 15 de noviembre de 1980, en Colonia, yo llegué a decir: "Hoy es la Iglesia la que entra en batalla por la razón y la ciencia, a quien ésta ha de considerar con capacidad para la verdad. . . por la libertad de la ciencia, mediante la cual la ciencia misma adquiere su dignidad como bien humano y personal. . .". Si pueden aparecer divergencias entre la Iglesia y la ciencia, "el fundamento está en la limitación de

nuestra razón, que en su campo tiene sus propios límites y que, por ello, está expuesta al error" (n. 5: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 23 de noviembre de 1980, pág. 6).

RELACIONES ENTRE LA TEOLOGIA Y LAS CIENCIAS NATURALES

4. Nosotros tenemos la oportunidad de vivir hoy la superación de toda una historia durante la cual la armonía entre la cultura científica y el cristianismo no ha sido siempre fácil (cf. *Gaudium et spes*, 62). He evocado al principio la institución que, en torno al 1600, prefiguraba la Academia. Pero lo que importa sobre todo es considerar la manera en que se plantearon entonces las relaciones entre la teología y las ciencias naturales, en el umbral de la época moderna.

Isaac Newton sintetizó y completó los descubrimientos de Kepler, de Copérnico, de Galileo, de Descartes: él fue el testigo y el autor decisivo de la *revolución científica* del siglo XVII. Fue entonces cuando la ciencia moderna rebasó sus fronteras tradicionales, que estaban anteriormente determinadas por una visión geocéntrica del universo y por una concepción más cualitativa que cuantitativa de los elementos de la naturaleza. Estos grandes *sabios*, dedicados a un estudio experimental del universo con precisión y especializaciones cada vez mayores, no dejaban de tener por ello una actitud de búsqueda sobre el sentido global de la naturaleza; sus especulaciones como *pensadores* sobre el cosmos dan testimonio de ello. Sus investigaciones audaces han ayudado a definir mejor las *fronteras entre los órdenes del saber*. Sin embargo, no siempre recibieron el debido reconocimiento por ello, y la misma Iglesia ha necesitado mucho tiempo para reconciliarse con sus puntos de vista.

La experiencia de Galileo es una prueba típica de ello. Por dolorosa que ella haya sido, esta experiencia ha prestado un servicio inapreciable al mundo científico y a la Iglesia, haciéndonos comprender mejor las relaciones entre la Verdad revelada y las verdades descubiertas empíricamente. El mismo excluía una contradicción verdadera entre la ciencia y la fe: las dos provienen de la misma Fuente, y deben ser referidas a la Verdad primera.

Los cristianos han sido llevados a releer la Biblia sin buscar en ella un sistema cosmológico científico. Y los mismos sabios han sido invitados a estar abiertos al absoluto de Dios y al sentido de la creación. De suyo ningún campo se ha sustraído a la investigación científica con tal de que ésta respete al ser humano; son más bien las metodologías las que constriñen a los sabios a ciertas abstracciones y delimitaciones.

EL ORDEN DE LA FE Y EL ORDEN DE LA RAZON

5. Podríamos evocar otras tensiones muy vivas que pertenecen, esperémoslo, a un pasado ya concluido. En el último siglo, en nombre de las nuevas ciencias y de las nuevas filosofías, el positivismo se enfrentaba con las posiciones tradicionales de la Iglesia, acusándola de oponerse a la ciencia y a la investigación. León XIII aceptó el reto mostrando que la Iglesia acoge con alegría todo lo que permite explorar mejor la naturaleza y mejorar la condición humana. Este Papa dio un vigoroso impulso a la renovación de las ciencias eclesiológicas.

En nuestros días, la *distinción* y la complementariedad de los órdenes del saber— el orden de la fe y el orden de la razón— han sido expresados con una claridad decisiva en la enseñanza del Concilio Vaticano II: "La Iglesia afirma la autonomía

legítima de la cultura humana y especialmente de las ciencias" (*Gaudium et spes*, 59, 3). "Por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado" (*ib.*, 36, 2). Debemos reconocer sus propios métodos a cada una de las ciencias. "Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios" (*ib.*, 36, 2). Pero sería erróneo entender esta autonomía de las realidades terrestres como si ellas no dependieran de Dios y como si el hombre pudiera disponer de ellas sin referencia al Creador.

El hecho de que los principios estén claros de forma que deberían descartar en adelante toda actitud de temor o de desconfianza, no quiere decir que estén superadas todas las dificultades: nuevas investigaciones y descubrimientos de las ciencias suscitan nuevas cuestiones que exigirán a los teólogos una forma adecuada de presentar las verdades de la fe salvaguardando siempre su sentido y su significación (cf. *ib.*, 62, 2). Son, sin embargo, los mismos sabios los que proceden, por su parte, a una crítica de sus métodos y de sus objetivos.

Hoy la Iglesia, lejos de acantonarse en una visual apologética o defensiva, se hace más bien la abogada de la ciencia, de la razón, de la libertad de investigación, para legitimar la ciencia auténtica. Vuestra Academia puede dar testimonio de ello. Y más allá de vuestras personas me dirijo aquí a la comunidad científica mundial.

LA BUSQUEDA DE LA VERDAD

6. En efecto, interesa situar el esfuerzo científico en el contexto general de la cultura. El hombre no puede dejar de interrogarse por la significación profunda de la cultura y de la ciencia para la persona humana (cf. *ib.*, 61, 4).

El hombre disfruta de una vida verdaderamente humana gracias a la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores de la naturaleza, afirmando y desarrollando las múltiples capacidades de su espíritu y de su cuerpo. Someter el universo mediante el conocimiento es un aspecto capital de la cultura (cf. *ib.*, 54). La ampliación y la profundización del saber científico constituyen, pues, un progreso innegable para el hombre porque se trata de un acercamiento cada vez más preciso a la verdad.

Esta búsqueda libre de la verdad por sí misma es una de las más nobles prerrogativas del hombre. La ciencia se desvía si deja de perseguir su finalidad última, que es el servicio de la cultura y por tanto del hombre; entra en crisis cuando se le reduce a un modelo puramente utilitario; se corrompe cuando se convierte en un instrumento técnico de dominio o de manipulación con fines económicos o políticos. Existe entonces lo que se puede denominar una crisis de legitimación de la ciencia. Hay pues urgencia de defender una ciencia auténtica, abierta a la cuestión del sentido del hombre y a la búsqueda de la verdad integral, una ciencia libre, y dependiente únicamente de la verdad. Desde el punto de vista de la Iglesia, ciencia y cultura no pueden estar disociadas.

Así mismo, considerando que el hombre no es solamente el objeto, sino el sujeto de la cultura, la Iglesia estimula el trabajo del hombre de ciencia: ella aprecia en los sabios no solamente la proeza de la inteligencia, sino el mérito profesional y moral, su honradez intelectual, la objetividad, la búsqueda de la verdad, la autodisciplina, la colaboración en equipo, el empeño en servir al hombre, el respeto ante

los misterios del universo. He aquí los valores humanos que manifiestan la vocación espiritual del hombre.

LA APERTURA A LO UNIVERSAL, AL ABSOLUTO

7. Además, el hombre de ciencia está llamado de una manera nueva a una *apertura*. Respetando siempre las exigencias metodológicas de la abstracción y del análisis especializado, no hay que descuidar la orientación unitaria del saber. Las condiciones modernas han hecho aparecer el riesgo de una atomización y el riesgo de limitarse al objeto inmediato de la investigación. La ciencia no puede descuidar las cuestiones fundamentales sobre su función y su finalidad; no puede cerrarse a lo universal, al conocimiento de las totalidades, ni a lo Absoluto, tanto más en cuanto que ella sola no puede responder a la cuestión de su significado.

Pienso que hoy la comunidad científica, después de un período de extrema especialización necesaria en el plano experimental, está encontrando de nuevo el interés por el todo, la cuestión del sentido del universo, el maravilloso misterio de la naturaleza y del ser humano. Muchos sabios se están aventurando a ello. Lo hacen quizá tímidamente a causa de un cierto agnosticismo o por temor a sobrepasar lo que su propia investigación les permite decir. Pero el hecho de que un cierto número sea más sensible a los valores del espíritu y de la moral aporta a sus disciplinas una dimensión nueva. ¿Es que no sigue siendo el sabio un hombre abierto a todas las cuestiones humanas, a todo lo que debe servir al hombre, a la búsqueda de la Verdad en toda su profundidad?

Quizá es difícil pedir a todos los especialistas de hoy día que sean filósofos, pero las necesidades de la cultura contemporánea os incitan fuertemente a aportar una indispensable participación en las investigaciones interdisciplinarias, donde los sabios, los pensadores y los teólogos han de colaborar. Los estudios filosóficos y teológicos sobre el hombre y la naturaleza necesitan vuestra contribución para hacer avanzar nuestro conocimiento común del mundo inanimado, del universo viviente, del ser humano.

EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD, LA PAZ Y EL RESPETO DE LA PERSONA

8. Si ahora consideramos, más allá del progreso del puro conocimiento, las aplicaciones técnicas multiformes de las investigaciones y de los descubrimientos de la ciencia, podemos decir que la comunidad científica mundial tiene responsabilidades morales considerables, de las cuales toma más vivamente conciencia.

Ante esta Academia, en 1983, puse de relieve cómo la colaboración de los científicos del mundo entero había permitido unos descubrimientos enormemente benéficos para el progreso de toda la humanidad. Esto es evidente.

Pero, ¿cómo no ver también con clarividencia los peligros que acechan a la humanidad si ella emplea sin consideración el poder que le viene de la ciencia? Y aunque esto sobrepase la competencia del investigador, éste no puede quedar indiferente: mira cada vez más a la comunidad de los científicos para las cuestiones de ética colectiva. Como yo decía el 3 de noviembre de 1982 a los universitarios en Madrid: "¡Hombres y mujeres que representáis la ciencia y la cultura: vuestro poder moral es enorme! ¡Vosotros podéis conseguir que el sector científico sirva ante todo a la cultura del hombre y que jamás se pervierta y utili-

ce para su destrucción" (n. 8: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 14 de noviembre de 1982, pág. 3).

Espontáneamente pensamos en los peligros de la energía nuclear. Al desencadenar la potencia atómica, los investigadores han dado origen, por su parte, a una crisis moral como no ha habido otra en la historia; lo subrayé ya en Hiroshima. En la UNESCO insistí sobre el hecho de que el futuro del hombre y del mundo quedaba radicalmente amenazado a pesar de las intenciones de los hombres de ciencia, si se utilizaban sus descubrimientos con fines destructivos. Desde ese elevado lugar de la cultura, lancé también un llamado solemne a los sabios para que ayuden a la humanidad uniendo la conciencia a la ciencia, haciendo respetar el primado de la ética, velando para que la ciencia esté al servicio de la vida y del hombre (cf. Discurso a la UNESCO, 2 de junio de 1980, nn. 20-22; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de junio de 1980, págs. 13-14).

El mantenimiento de la paz entre los pueblos es primordial, y esperamos que el testimonio de numerosos líderes religiosos, rezando ayer en Asís por la paz, contribuya, de su parte, a instaurar esta paz, que es también un don de Dios.

La relación armónica entre el hombre y la naturaleza es un elemento fundamental de la civilización y se adivina fácilmente la contribución que la ciencia puede aportar en este campo de la *ecología*, para la defensa contra las alteraciones violentas del ambiente y para aumento de la calidad de la vida en orden a la humanización de la naturaleza.

¿Pero cómo no pensar sobre todo en el campo ya inmenso de la *genética*? La tentación de manipular radicalmente al hombre, al disponer de las condiciones de su generación, con el riesgo de atentar contra la vida del ser humano, incluso en el estado de embrión o de feto, contra su integridad, contra su equilibrio, plantea cuestiones tan graves que los mismos sabios se interrogan sobre los alcances de sus experiencias.

En definitiva pedimos a los científicos que tengan presentes todas las exigencias de la ética que aseguran la dignidad transcendente del ser humano. La cuestión decisiva es más bien ésta: ¿Cómo la ciencia puede servir al hombre? ¿Cómo puede respetar, asegurar los derechos objetivos fundamentales de la persona?

LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS, BASE PARA LA ACTUACIÓN EN TODOS LOS SECTORES DE LA VIDA HUMANA Y SOCIAL

9. La contribución específica de la Pontificia Academia de las Ciencias está en la objetividad de los datos científicos recogidos por los sabios que sobresalen en los campos altamente especializados que les son propios, en el rigor de su análisis de los hechos, la profundidad de sus intuiciones científicas, su desinterés al servicio de la verdad y la importancia que ellos dan también a los valores morales. De estos análisis y síntesis objetivos podrán sacar provecho los políticos para medir, por ejemplo, los riesgos de la utilización de ciertas fuentes de energía o de ciertas armas, o las consecuencias ecológicas de algunas iniciativas. Podrán igualmente sacar provecho de ello los sociólogos y los economistas; los especialistas en medicina y en cirugía para evaluar el sentido y los efectos de sus experimentos e intervenciones; los moralistas, que necesitan conocer con precisión las leyes de la naturaleza; los filósofos, que buscan el sentido del ser y la verdad transcendente; los teólogos, especialmente interesados por las relaciones entre la fe y la ciencia. Vuestra contribución científica es pues capital para todos estos campos, aunque ella no sea

directamente ni política ni teológica; ella constituye una base indispensable para el trabajo de los responsables y de los especialistas que acabo de nombrar. Por su parte, la Santa Sede ha recibido en diversas ocasiones el servicio apreciado de la competencia científica de esta Academia para cuestiones que afectaban directamente a la moral natural y evangélica y continúa contando con vosotros.

En cuanto Cuerpo constituido en la Santa Sede, la Pontificia Academia de las Ciencias da testimonio de la armonía entre la Iglesia y los hombres de ciencia, de su apoyo recíproco, y es una llamada a los valores de la conciencia en el mundo científico.

EL "ECUMENISMO CULTURAL"

10. Es de desear que vuestros trabajos sean mejor conocidos en la Iglesia y en el mundo. Parece oportuno que vuestra investigación intelectual, vuestros estudios, vuestras publicaciones sigan ayudando cada vez más a la obra universitaria y cultural de la Santa Sede y de la Iglesia, en relación, por ejemplo, con la Congregación para la Educación Católica, el Pontificio Consejo para la Cultura, la Comisión Teológica Internacional, con las otras academias y con las universidades. ¿No se podría pensar en algunos proyectos comunes en los que aparezca visiblemente la relación entre ciencia y cultura? La Academia, que reagrupa diversas disciplinas, tiene también una *vocación interdisciplinar* para realizar este "ecumenismo cultural" del cual he hablado ya.

Yo había pensado, al inicio de mi pontificado, en una Academia de las Ciencias humanas y de la Cultura. Después de consultar la opté por un Pontificio Consejo para la Cultura. Esto demuestra la preocupación que tengo de promover y defender la cultura del hombre sobre la cual se basa su dignidad. Estoy convencido de que la Pontificia Academia de las Ciencias participa eficazmente en este objetivo y yo os animo a poner cada vez más de relieve la dimensión cultural de vuestros trabajos, cuyo valor intrínseco es ya una aportación preciosa al progreso del saber.

UNA ALTA INSTANCIA DE LA COMUNIDAD MUNDIAL

11. Señores cardenales, excelencias, señoras y señores: Durante este medio siglo la Pontificia Academia de las Ciencias ha llevado a cabo una tarea de una importancia histórica porque ha situado los frutos objetivos de la investigación científica en la perspectiva de la verdad, de la libertad, de la moral, del servicio de la humanidad y de la paz, de la elevación hacia la Verdad primera, la única que puede responder a las cuestiones fundamentales sobre el porqué de la existencia, sobre el sentido de la vida humana y del mundo. Doy las gracias a su Presidente, y a todos y cada uno de sus miembros que han aportado su colaboración con una gran competencia y una meritoria dedicación.

Por mi parte, no he cesado de dedicar un gran interés al mantenimiento y al desarrollo de esta Academia, en la línea de la magnífica intuición de mi venerable predecesor Pío XI que la fundó, pero poniendo cada vez más el acento en la perspectiva de los problemas humanos, morales y espirituales de nuestro tiempo. En este año jubilar hago votos fervientes por su futuro: por el valor de sus trabajos; por el enriquecimiento que sus miembros, tan diversos si se considera su origen y sus convicciones personales, pueden aportarse entre sí y aportar conjuntamente a la humanidad; por el servicio sin igual que la Academia puede prestar a los que asumen una pesada carga en la comunidad mundial o en la Iglesia, y especialmente a la

Santa Sede, ofreciendo a sus reflexiones y a sus decisiones datos de valor, esclareciendo el objeto de su responsabilidad moral. Y por encima de todo, que pueda este senado de sabios —que han sido llamados a formar parte de la Pontificia Academia y que han aceptado lealmente este honor y esta carga— aportar cada vez más al mundo el testimonio de la estima que la Iglesia tiene de la ciencia digna de ese nombre, de la confianza que ella da a los que se entregan a la misma con competencia y honestidad, de la invitación que ella les hace a dialogar y a cooperar por encima de todas las fronteras, de la responsabilidad que ella les reconoce para el bien de la humanidad.

Estoy contento de ver que muchas de las academias de las ciencias, del mundo entero, han aceptado la invitación que se les había hecho para venir a asociarse a esta celebración jubilar. Saludo y doy cordialmente las gracias a sus delegaciones. A estas academias también expreso mis mejores votos para que ellas animen a sus miembros a hacer progresar con toda libertad el conocimiento científico, en una apertura a la Verdad fundamental sobre el hombre y sobre el cosmos, para que puedan entablar libremente entre ellas relaciones fructuosas, y para que formen juntas como una instancia significativa de la comunidad mundial, que utiliza el prestigio de su autoridad moral a fin de que la ciencia permanezca siempre en todas sus aplicaciones, al servicio del hombre, al servicio de su vida, de su cultura, de su elevación moral y espiritual.

He sido muy feliz de poder rendir homenaje a todos los hombres de ciencia aquí presentes, ante los cardenales y el Cuerpo diplomático, e invoco para vosotros, para vuestras familias y vuestros colaboradores, las bendiciones del Señor “en quien vivimos, nos movemos y existimos” (Act 17, 28).

DISCURSO A LA COMISION PREPARATORIA DE UN CATECISMO PARA LA IGLESIA UNIVERSAL

El Papa, acogiendo la sugerencia de la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos de que se “elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto sobre la fe, como sobre la moral”, en el mes de junio decidió constituir una Comisión reducida de cardenales y obispos con la tarea de redactar un “proyecto de catecismo”, sobre el cual luego serán invitados a dar su parecer los Pastores de toda la Iglesia. La Comisión deberá terminar su trabajo con ocasión de la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos de 1990. Sucesivamente el texto será sometido a la aprobación del Santo Padre. La Comisión está compuesta del modo siguiente: Presidente: Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Miembros: cardenal William Wakefield Baum, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica; cardenal Bernard F. Law, arzobispo de Boston (Estados Unidos); cardenal D. Simon Lourdasamy, Prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales; cardenal Josef Tomko, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos; cardenal Antonio Innocenti, Prefecto de la Congregación para el Clero; mons. Jerzy Stroba, arzobispo de Poznań (Polonia); mons. Néophytos Edelby, arzobispo de Alepo de los Griegos Melquitas Católicos (Siria); mons. Henry Sebastian D'Souza, arzobispo de Calcuta (India); mons. Isidore de Souza, arzobispo coadjutor de Cotonú (Benin); mons. Jan P. Schotte, c.i.c.m., arzobispo titular de Silli, Secretario General del Sínodo de los Obispos; y mons. Felipe Santiago Benítez Avalos, obispo de Villarrica (Paraguay). Esta importante Comisión se ha reunido por primera vez el sábado 15 de noviembre y ha prolongado sus trabajos hasta el martes 21. El mismo sábado tuvo un encuentro con el Santo Padre, y Juan Pablo II les dirigió el discurso cuya versión castellana ofrecemos.

LA TRANSMISION DEL MENSAJE

1. Es para mí motivo de particular alegría saludaros, venerados y queridos hijos, miembros de la Pontificia Comisión para la redacción del proyectado catecismo para la Iglesia universal, que iniciáis hoy vuestras reuniones bajo la presidencia del cardenal Ratzinger.

“La catequesis —como bien sabéis— ha sido siempre considerada por la Iglesia como una de sus tareas primordiales” (*Catechesi tradendae*, 1), porque es parte esencial de la evangelización, es decir, de la difusión de ese “poder de Dios para la salvación de todos los creyentes” que es el Evangelio (cf. *Rom* 1, 16). En nuestro tiempo, después del Concilio Vaticano

II, dos Asambleas del Sínodo de los Obispos han reflexionado sobre la evangelización y sobre la catequesis en la misión de la Iglesia de cara al mundo de hoy; fruto de ellas han sido las Exhortaciones Apostólicas *Evangelii nuntiandi* y *Catechesi tradendae*, que explican la estrecha relación de la catequesis con la evangelización, y muestran cuál es su función propia.

Cuando la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos sugirió en diciembre del año pasado la publicación de “un catecismo o compendio de toda la doctrina católica respecto a la fe y a la moral, con el fin de que sea un punto de referencia para los catecismos y compendios que se preparan en las distintas regiones” (Sínodo de los Obispos, *Relatio finalis*, n. II, B, a., 4), ciertamente tenía pre-

sente el notable esfuerzo hecho por la catequesis en los últimos años, con sus muchos valores, pero también con sus límites y deficiencias (*Catechesi tradendae*, 17), que "deben provocar la revisión atenta de los medios empleados y de la doctrina transmitida" (Catequesis del miércoles 16 de enero, 1985, n. 3: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 20 de enero de 1985, pág. 3).

LA UNIDAD DE LA FE

2. En esta perspectiva de renovación y progreso de la catequesis habéis sido llamados a dirigir la difícil pero importantísima tarea de elaborar un proyecto de catecismo para la Iglesia universal.

Ciertamente el catecismo no es la catequesis, sino que es sólo un medio o instrumento (*Catechesi tradendae*, 28). En efecto, mientras el catecismo es un compendio de la doctrina de la Iglesia, la catequesis, "esa acción eclesial que conduce a las comunidades y a cada cristiano a la madurez en la fe" (Congregación para el Clero, Directorio Catequístico General, n. 21), transmite dicha doctrina —con los métodos adaptados a la edad, a la cultura y a las circunstancias de las personas— para que la verdad cristiana se haga, con la gracia del Espíritu Santo, vida de los creyentes (cf. Catequesis del miércoles 9 de enero de 1985: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 13 de enero de 1985, pág. 3). Y, sin embargo, la importancia del catecismo en la catequesis es grande, como lo demuestra ampliamente la experiencia multisecular de la Iglesia. En efecto, aunque el "catecismo", tal como hoy lo entendemos, se hizo de uso común sólo en tiempos de la Reforma; su esencia, como estructura fundamental de la

transmisión de la fe, es tan antigua como el catecumenado, es decir, tan antigua como la Iglesia y, en su sustancia, es irrenunciable (cf. J. Ratzinger, Conferencia dada en París el 16 de enero de 1983, n. 1, 1, "La Documentation Catholique", 6, 1983, 260-267).

El catecismo, que estáis llamados a elaborar, se coloca en el surco de la gran Tradición de la Iglesia, no para sustituir a los catecismos diocesanos o nacionales, sino precisamente para constituir un "punto de referencia". Por eso no quiere ser un instrumento de mera "uniformidad", sino una importante ayuda para garantizar "la unidad en la fe", que es una dimensión esencial de esa unidad de la Iglesia que "nace de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (San Cipriano, *De oratione dominica*, 23: PL 4, 553).

EN EL SURCO DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA DESDE SUS ORIGENES AL CONCILIO VATICANO II

3. Como es natural, este proyecto de catecismo, a su vez, habrá de tener como punto constante de referencia las enseñanzas del Concilio Vaticano II, consideradas en su continuidad y complementariedad con todo el Magisterio precedente de la Iglesia. Es ésta una exigencia fundamental para que el catecismo, dentro del debido respeto a la jerarquía de las verdades cristianas, sea verdaderamente "completo", y resulte por eso válido instrumento para una catequesis que "procure adaptar su enseñanza a la capacidad de quienes la reciben, pero no se arroga el derecho de paliar o suprimir una parte de la verdad que el mismo Dios ha querido comunicar a los hombres" (Catequesis del 9 de enero de 1985, n. 2: *L'Osserva-*

tore Romano, Edición en Lengua Española, 13 de enero de 1985, pág. 3). En este sentido el Sínodo de los obispos ha deseado que en el catecismo la presentación de la doctrina sea "bíblica y litúrgica" (Sínodo de los Obispos, loc. cit.). La catequesis es uno de los modos de la transmisión de la Revelación en la Iglesia y por consiguiente ha de ser necesariamente regulada, en los contenidos y en los métodos, "por la estructura propia de dicha transmisión, la cual comporta conexión indisoluble entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio (cf. *Dei Verbum*, 10)" (Catequesis del miércoles 16 de enero, n. 4: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 20 de enero de 1985, pág. 3).

SERVICIO A TODO EL PUEBLO DE DIOS

4. El servicio que os disponéis a cumplir para la Iglesia universal no carece de dificultades. Pero sé que sois profundamente conscientes de que en vuestro trabajo podéis contar con la ayuda constante del Espíritu de Verdad, que anima y dirige todo esfuerzo verdaderamente eclesial para la fiel transmisión de la Palabra de Dios.

Agradeciéndoos en nombre de todo el Pueblo de Dios el compromiso que generosamente habéis asumido, me es particularmente grato confiar vuestro trabajo a la protección de María, Madre de la Iglesia, y acompañaros con mi bendición.

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO DE ESTUDIO SOBRE LA ENCICLICA "LABOREM EXERCENS"

Ilustres y gentiles señores, queridos hermanos y hermanas:

UNA CUESTION DE VITAL IMPORTANCIA EN NUESTRO TIEMPO

1. Mi saludo cordial a todos vosotros, hombres y mujeres del mundo de la economía y del trabajo, intelectuales, exponentes de movimientos católicos, promotores y organizadores de este encuentro de estudio sobre la Encíclica *Laborem exercens*, a los cinco años de su publicación.

Con espíritu de colaboración y respetando las diversas actividades, habéis puesto en marcha vuestra iniciativa a fin de dar una responsable aportación al debate sobre los problemas del trabajo, a la luz de la doctrina social de la Iglesia. Es vuestra intención determinar, con un análisis exhaustivo y diligente, las cuestiones que han quedado abiertas y planear para ellas soluciones concretas.

Os animo vehementemente en este vuestro compromiso y deseo que iniciativas así sirvan para suscitar un interés cada vez más fuerte sobre una cuestión de tan grande importancia en el mundo contemporáneo. Al ingeniero Giancarlo Lombardi le agradezco las palabras con las que se ha hecho intérprete de los sentimientos de todos.

EVANGELIZAR AL MUNDO OBRERO

2. La Iglesia, al cumplir con su deber de evangelización, siempre ha tenido presente el contexto de aquellas realidades en las que ella vive, ponderando en su corazón las alegrías y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres (*Gaudium et spes*, 1). Y así desde sus orígenes se ha preocupado del aspecto económico y social de la persona humana, nombrando ya con los Apóstoles a siete "diáconos", a los que se dio el encargo de dirigir y organizar el servicio de asistencia dentro de la comunidad cristiana (cf. *Act* 6, 5). En el período que siguió a la invasión de los bárbaros y a la caída del Imperio romano, la Iglesia se esforzó en afrontar los problemas sociales del momento, con la creación de hospicios, cofradías de caridad, casas de misericordia, escuelas y departamentos de acogida en los monasterios.

Ella estuvo presente también con su continua enseñanza dirigida a formar la conciencia del pueblo cristiano acerca del deber de la caridad, el cuidado de los pobres, el uso de los bienes y su destinación social, la obligación de dar lo superfluo a los necesitados, la necesidad de soportar con fortaleza y esperanza los males de la vida, tratando de vencerlos y superarlos, dentro de lo posible. En la Edad Media serán los grandes teólogos quienes desarrollen los temas de la justicia, del derecho, de la política y de las relaciones internacionales.

LAS ENSEÑANZAS DE LOS PAPAS

Más adelante, con el resurgir de la sociedad industrial, la Iglesia salió de nuevo al campo para condenar la falta de moral en lo económico, ya sea en la forma del egoísmo capitalista, ya en la del socialismo que no respeta la dignidad de la persona humana, y al mismo tiempo para trazar las grandes líneas de una visión del mundo del trabajo que se inspira en el Evangelio para una solución justa de la cuestión social.

3. La *Rerum novarum* del Papa León XIII resultó un documento tan importante que llegó a ser punto de referencia de las sucesivas intervenciones pontificias de índole social, comenzando por Pío XI en el cuarenta aniversario de la Encíclica; y posteriormente, cada vez que se cumplían diez años, hasta la *Octogesima adveniens* de Pablo VI. También la *Laborem exercens* ha intentado entrar en el cauce de este río de la tradición, que crece a medida que camina, tomando el trabajo como tema de una especial reflexión. Han pasado cinco años desde su publicación: un espacio de tiempo denso de historia y de rápidos cambios, de nuevos adelantos en la tecnología, economía y política, que han influido e influirán más en la evolución del trabajo, de esta dimensión de la existencia humana con la que la vida del hombre se construye cada día y sobre la que surgen constantemente nuevos interrogantes y problemas, nuevas esperanzas, pero también nuevos temores y amenazas (*Laborem exercens*, 1).

No compete a la Iglesia analizar científicamente las posibles consecuencias de los presentes cambios sobre la convivencia humana (*ib.*). Pero vosotros, en vuestra calidad de laicos, animados por la fe y animadores en sentido cristiano del mundo contemporáneo, sois y debéis ser capaces de hacerlo, preparando el futuro.

EL PROGRESO DEL HOMBRE Y DE LA SOCIEDAD

4. Es tarea de la Iglesia reclamar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, censurando las situaciones en las que se violan, y contribuir a orien-

tar los cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad.

No hay auténtico progreso cuando la *dimensión humana* en el mundo del trabajo se pone en peligro de alguna forma. La Encíclica, que vosotros tenéis como texto de estudio, insiste sobre el principio de que el primer fundamento del valor del trabajo es el mismo hombre, el cual es el sujeto del trabajo (cf. *Laborem exercens*, 6). El trabajo es un medio, nunca un fin. La primacía es del hombre. Finalidad del trabajo es el trabajador, o sea, el hombre que trabaja.

El perfeccionamiento del hombre, que se obtiene con el desarrollo de sus facultades, vale más que las riquezas exteriores que él puede producir con su trabajo (*Gaudium et spes*, 35). De aquí el rechazo de todas las soluciones, antiguas y recientes, en las que el trabajo es considerado sólo un elemento de la producción y el trabajador queda sometido a su actividad, transformado de sujeto en objeto, de fin en medio, de persona en cosa.

En vuestro documento habéis expresado el deseo de que los cristianos sean portadores de una cultura del trabajo, mostrando una efectiva capacidad de iniciativa social. He aquí el fundamento del que debe salir todo proyecto y todo programa: todo el proceso productivo debe estar adaptado a las exigencias de la persona y a sus formas de vida (*Gaudium et spes*, 67). Y en esta óptica hay que examinar de nuevo atentamente y resolver el drama creciente del paro, sobre todo el juvenil. La falta de trabajo humilla a la persona, que en tal situación se siente inútil, y empuja a la sociedad, que se ve privada de la colaboración de fuerzas válidas y activas.

LA FAMILIA Y LA SITUACIÓN DE LA MUJER

5. Bajo este punto de vista hay que revisar el otro conjunto de valores, consistente en la *dimensión familiar* del trabajo.

La familia, que es un derecho natural y una vocación del hombre, está esencialmente relacionada con el trabajo, el cual normalmente asegura a la misma los medios necesarios de subsistencia (*Laborem exercens*, 10).

El ser humano, por lo demás, cuando trabaja para asegurar los medios de subsistencia a los familiares, pone en su fatiga de cada día toda la carga del amor. Y el amor contribuye a aumentar la nobleza del trabajo. Por el contrario, cuando el trabajo disgrega a la familia, termina por destruir su misma razón de ser.

Sobre este punto la legislación social todavía deja mucho que desear. Y me refiero en concreto a la situación de la mujer, que no ve reconocido y tutelado, bajo el perfil jurídico y económico, el trabajo realizado en casa, y se ve frecuentemente obligada en el trabajo fuera de casa, a ritmos agobiantes que le hacen estar lejos del marido y de los hijos induciéndola a menudo a renunciar a la grandeza de la maternidad.

Es necesario apresurarse para encontrar en este sector soluciones más satisfactorias, que garanticen tanto la efectiva igualdad de las personas, como su carácter específico.

LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL DE LA TAREA HUMANA

6. Todo lo que he dicho hasta ahora encuentra su integración e incluso su más elevado motivo en la *dimensión espiritual* del trabajo.

El ser humano, con la satisfacción y el peso de su fatiga, no tiene explicación

prescindiendo de Aquel que, después de haberlo creado, le ofrece como don el universo, juntamente con todas sus energías todavía en gran parte desconocidas, para que él las cultive, las guarde y las domine (*Gén 2, 15*). Reconociendo la realidad de Dios personal y trascendente, el hombre, que no crea la materia, sino que la encuentra ya existente, se coloca ante el cosmos con una actitud nueva y original y, con esa actitud, se libera del cerco estrecho de las fuerzas naturales; no es dominado por ellas, al contrario, se eleva a lo alto, aceptando ser colaborador del plan divino.

La espiritualidad del trabajo consiste en la toma de conciencia de esta profunda realidad: que el hombre, por medio del trabajo, puede relacionarse con su destino final y llegar a ser aliado del Dios viviente. Admitiendo además la verdad de que el trabajo fue desarrollado por las manos humanas del mismo Hijo de Dios en el taller de Nazaret, el esfuerzo de transformar el mundo llega a ser liberación del mal moral e inserción en una nueva planificación a largo plazo, más allá de los confines de la historia. Con la fe en Cristo se participa en el proyecto, en fase de realización, de salvar al hombre en su totalidad.

LA NOVEDAD CRISTIANA:

HUMANIZAR EL TRABAJO Y CONSTRUIR UNA NUEVA CIVILIZACIÓN

7. Queridos hermanos: Ante este cuadro de amplias perspectivas que propone la doctrina social de la Iglesia, se da por descontada la conclusión de que es indispensable hacer efectiva la gran posibilidad, a la que todos aspiramos, de una sociedad más humana, sin que a su vez se humanice la circunstancia fundamental del trabajo. Pero resulta igualmente imposible hacer más humano el mundo del trabajo si a éste no se le considera y ordena según el plan de Dios.

A esta tarea específica vosotros, seglares, en cuanto trabajadores en la realidad de los temporales y en la amplia gama de vuestras especializaciones, estáis llamados a comprometeros desde dentro, como fermento evangélico.

Que en vuestro camino os acompañe mi bendición, animándoos a manifestar en vuestros ambientes, en el ejercicio de vuestras responsabilidades empresariales y sindicales, la novedad cristiana que sabe infundir esperanza y construir una nueva civilización.

DISCURSO A LOS PRELADOS Y CARDENALES DE LA CURIA ROMANA

EL GRAN ACONTECIMIENTO RELIGIOSO DEL AÑO 1986: LA JORNADA DE ORACIÓN POR LA PAZ EN ASÍS

1. Con especial alegría os saludo en este tradicional encuentro que nos ve aquí reunidos para intercambiarnos mutuamente las felicitaciones navideñas y de año nuevo. Agradezco al nuevo cardenal Decano del Sacro Colegio las nobles palabras con que ha interpretado los sentimientos que sugiere este momento de intimidad familiar.

En estos días inmediatamente precedentes a la gran fiesta de la Navidad, en que celebramos y conmemoramos juntos al Verbo de Dios, vida y luz de los hombres (cf. *Jn 1, 4*) que por nosotros "se hizo carne y acampó entre nosotros" (*Jn 1, 14*), mi espíritu revive espontáneamente con vosotros, venerados y queridos hermanos de la Curia Romana, lo que me parece que ha sido el acontecimiento religioso de mayor resonancia en el mundo, este año que termina: la Jornada mundial de oración por la paz en Asís, el 27 de octubre pasado.

Efectivamente, en esa Jornada, y en la oración que era su motivo y su único contenido, por un momento parecía expresarse también visiblemente la unidad escondida pero radical que el Verbo divino, "por medio del cual se hizo todo, y todo se mantiene en Él" (*Col 1, 16; Jn 1, 3*), ha establecido entre los hombres y mujeres de este mundo: los que ahora comparten juntos las angustias y los gozos de este último período del siglo XX, pero también los que nos han precedido en la historia y los que ocuparán

nuestro lugar "hasta que vuelva el Señor" (cf. *1Cor 11, 26*). El hecho de haberse reunido en Asís para rezar, ayunar y caminar en silencio —y esto por la paz siempre frágil y siempre amenazada, quizá hoy más que nunca— ha sido como un signo límpido de la unidad profunda de los que buscan en la religión valores espirituales y trascendentes como respuesta a los grandes interrogantes del corazón humano, a pesar de las divisiones concretas (cf. *Nostra aetate*, 1).

LUCES DEL CONCILIO VATICANO II

2. Este acontecimiento me parece que es de una relevancia tal, que nos invita por sí mismo a una reflexión profunda para aclarar cada vez más su significado a la luz de la conmemoración ya inminente de la venida del eterno Hijo de Dios en carne mortal.

Porque es obvio que no podemos contentarnos con el hecho en sí y el éxito de su realización. Ciertamente la Jornada de Asís estimula a todos aquellos, cuya vida personal y comunitaria está guiada por una convicción de fe, a sacar sus consecuencias en el plano de una más profunda concepción de la paz y de un nuevo modo de comprometerse en ella. Pero además, y quizá sobre todo, esa Jornada nos invita a una "lectura" de lo que sucedió en Asís y de su íntimo significado a la luz de nuestra fe cristiana y católica. Efectivamente, la clave apropiada de lectura de un acontecimiento tan grande surge de la enseñanza del Concilio Vaticano II, que asocia de forma maravillosa la rigurosa fidelidad

a la revelación bíblica y a la tradición de la Iglesia, con la conciencia de las necesidades y de las inquietudes de nuestro tiempo, expresadas en tantos "signos" elocuentes (cf. *Gaudium et spes*, 4).

EL MISTERIO DE LA CREACION DIVINA DEL HOMBRE Y DE LA MUJER

3. El Concilio ha relacionado más de una vez la identidad misma y la misión de la Iglesia con la unidad del género humano, especialmente cuando ha querido definir a la Iglesia "como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1, 9; cf. *Gaudium et spes*, 42).

Esa unidad radical que pertenece a la identidad misma del ser humano, se funda en el misterio de la creación divina. El Dios uno en quien creemos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad Santísima, creó con especial cuidado al hombre y a la mujer según el relato del Génesis (cf. *Gen* 1, 26, ss.; 2, 7. 18-24); esta afirmación contiene y comunica una profunda verdad: la unidad de origen divino de toda la familia humana, de cada hombre y mujer, que se refleja en la unidad de la imagen divina que cada uno lleva dentro de sí (cf. *Gen* 1, 26), y orienta por sí misma a un fin común (cf. *Nostra aetate*, 1). "Tú nos has hecho, Señor, para ti", exclama San Agustín, en la plenitud de su madurez de pensador, "e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti" (cf. 1). La constitución dogmática *Dei Verbum* declara que "Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo" (cf. *Jn* 1, 3) da a los hombres perenne testimonio de Sí... y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (*Dei Verbum*,

3).

Por eso no existe más que un sólo designio divino para cada ser humano que viene a este mundo (cf. *Jn* 1, 9), un único principio y fin, cualquiera que sea el color de su piel, el horizonte histórico y geográfico en que le toca vivir y obrar, la cultura en que ha crecido y se expresa. Las diferencias son un elemento menos importante respecto a la unidad que a su vez es radical, básica y determinante.

LA OBRA SALVIFICA DEL REDENTOR

4. El designio divino, único y definitivo, tiene su centro en Jesucristo, Dios y hombre "en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas" (*Nostra aetate*, 2). Así como no existe ni hombre ni mujer que no lleve consigo el signo de su origen divino, así tampoco existe nadie que pueda permanecer fuera o al margen de la obra de Jesucristo "muerto por todos", y ciertamente "Salvador del mundo" (cf. *Jn* 4, 42). "En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien al misterio pascual" (*Gaudium et spes*, 22).

Tal como se lee en la primera carta a Timoteo, Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues uno solo es Dios y uno solo el mediador entre Dios y los hombres" (1 *Tim* 2, 4-6).

Este misterio irradiante de la unidad del género humano creado y de la unidad de la obra salvífica de Cristo, que la Iglesia lleva en sí como administradora e instrumento, se manifestó claramente en Asís, a pesar de las diferencias de las profesiones religiosas las cuales no quedaron en absoluto escondidas o atenuadas.

LAS DIVERSAS RELIGIONES

5. A la luz de este misterio, de hecho, las diferencias de cualquier tipo, y en primer lugar las religiosas, en la medida en que son reductoras del designio de Dios, se revelan como pertenencias a otro orden. Si el orden de la unidad es el que se remonta a la creación y a la redención y es, por lo tanto, en este sentido, "divino", esas diferencias y divergencias incluso religiosas, proceden más bien de un "hecho humano" y han de ser superadas en el progreso hacia la actuación del gran designio de unidad que domina la creación. Hay, ciertamente, diferencias en las que se reflejan el genio y las "riquezas" espirituales dadas por Dios a los pueblos (cf. *Ad gentes*, 11). No es a éstas a las que me refiero. Intento aludir aquí las diferencias en las que se manifiestan el límite, las evoluciones y las caídas del espíritu humano insidiado por el espíritu del mal en la historia (*Lumen gentium*, 16).

Los hombres podrán muchas veces no ser conscientes de esta radical unidad suya de origen, de destino y de la inserción en el mismo plan divino; y cuando profesan religiones distintas e incompatibles entre ellas, podrán también sentir como insuperables sus divisiones. Pero a pesar de ellas, están incluidos en el gran y único designio de Dios, en Jesucristo, quien "se ha unido en cierto modo a cada hombre" (*Gaudium et spes*, 22), aunque los hombres no sean conscientes de ello.

EVANGELIZACION, ORACION, DIALOGO

6. En este gran designio de Dios sobre la humanidad, la Iglesia encuentra su identidad y su tarea de "Sacramento universal de salva-

ción" precisamente en ser "signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1); esto significa que la Iglesia está llamada a trabajar con todas sus fuerzas (la evangelización, la oración, el diálogo) para que se recompongan las fracturas y las divisiones de los hombres, las cuales los alejan de su Principio y Fin y los hacen hostiles entre ellos; significa también que todo el género humano, en la infinita complejidad de su historia, con sus diferentes culturas, está "llamado a formar el nuevo Pueblo de Dios" (*Lumen gentium*, 13) en el que se restaura, consolida y se eleva la bendita unidad de Dios con el hombre y la unidad de la familia humana: "Todos los hombres son admitidos a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz, y a ella pertenecen de varios modos o se destinan tanto los fieles católicos como los otros cristianos, e incluso todos los hombres en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios" (ib.).

EL NUEVO Y UNICO PUEBLO DE DIOS

7. La universal unidad basada en el acontecimiento de la creación y de la redención no puede no dejar una marca en la realidad viva de los hombres, incluso en los que pertenecen a religiones diversas. Por eso el Concilio ha invitado a la Iglesia a descubrir y respetar los gérmenes del Verbo presentes en esas religiones (*Ad gentes*, 11) y ha afirmado que todos los que no han recibido aún el Evangelio están "ordenados" a la suprema unidad del único Pueblo de Dios, a la que por su gracia y por el don de la fe y del bautismo pertenecen ya todos los cristianos, con quienes los católicos "que conservan la unidad de comunión ba-

jo el sucesor de Pedro" saben que "están unidos por varios vínculos" (cf. *Lumen gentium*, 15).

Es precisamente el valor real y objetivo de esta "ordenación" a la unidad del único Pueblo de Dios, muchas veces escondida a nuestros ojos, lo que podemos reconocer en la Jornada de Asís; y en la oración con los representantes cristianos presentes está la profunda comunión que ya existe entre nosotros en Cristo y en el Espíritu, viva y operante, aunque aún incompleta, y que ha tenido así una peculiar manifestación.

El acontecimiento de Asís puede considerarse pues como una ilustración visible, una lección de los hechos, una catequesis comprensible a todos, de lo que presupone y significa el compromiso ecuménico y el compromiso para el diálogo interreligioso recomendado y promovido por el Concilio Vaticano II.

**RELACIONES DE LOS
CATÓLICOS CON LOS OTROS
CRISTIANOS, CON EL PUEBLO
JUDÍO, CON LOS QUE
RECONOCEN AL CREADOR,
CON LOS QUE BUSCAN AL DIOS
DESCONOCIDO Y CON LOS QUE
NO ESTÁN LEJOS DE EL**

8. Como fuente inspiradora y como orientación fundamental para ese compromiso está siempre el misterio de la unidad, tanto la conseguida ya en Cristo por la fe y el bautismo como la que se expresa en la "ordenación" al Pueblo de Dios, y que por consiguiente aún ha de conseguirse plenamente.

Y así como la primera encuentra su expresión adoptada y siempre válida en el Decreto "Unitatis redintegratio" sobre el ecumenismo, la segunda se formula, en el plano de la relación y del diálogo interreligioso, en la Declaración "Nostra aetate": dos docu-

mentos que han de leerse en el contexto de la Constitución *Lumen gentium*.

En esta segunda dimensión, todavía bastante nueva con relación a la primera, la Jornada de Asís nos ofrece preciosos elementos de reflexión, que se iluminan mediante una atenta lectura de la mencionada Declaración sobre las religiones no cristianas.

También aquí se habla de la "única comunidad" que forman los hombres en este mundo (n. 1) y se explica como fruto del "único origen" común, "puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra" (*ib.*) para que se dirija hacia "un fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de bondad y designios de salvación se extienden a todos, hasta que se unan los elegidos en la ciudad santa que será iluminada por el resplandor de Dios y en la que los pueblos caminarán bajo su luz" (*ib.*).

En los párrafos siguientes, la Declaración nos enseña a apreciar las distintas religiones no cristianas, dentro de este marco general de nuestra radical unidad, pero subrayando también los auténticos valores que las distinguen en su esfuerzo por responder "a los enigmas recónditos de la condición humana" (*ib.*), en cuyo esfuerzo quiere ver "un destello de aquella Verdad que ilumina a todo hombre" (n. 2). Y así "la Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero"... y más aún "exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad... dando testimonio de la fe y la vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socioculturales que en ellos existen" (*ib.*).

Haciendo esto, la Iglesia se propone ante todo reconocer y respetar esta "ordenación" al Pueblo de Dios de la que habla la Constitución "Lu-

men gentium" (n. 16) y a la que antes he hecho referencia. Cuando obra así, ciertamente es consciente de seguir una indicación divina, porque es el Creador y Redentor quien, en su designio de amor, ha dispuesto esta misteriosa relación entre hombres y mujeres religiosos y la unidad del Pueblo de Dios.

Es ante todo una relación con el pueblo judío: "aquel pueblo a quien se confiaron las alianzas y las promesas y del que nació Cristo según la carne" (*Lumen gentium*, 16), unido a nosotros con un "vínculo espiritual" (cf. *Nostra aetate*, 2). Pero es además una relación con "aquellos que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que confesando profesar la fe de Abraham, adoran con nosotros a un solo Dios, misericordioso, que ha de juzgar a los hombres en el último día" (*Lumen gentium*, 16). Y existe también una relación con aquellos que "entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido" y de los que "Dios mismo no está lejos" (cf. *Lumen gentium*, 16).

**CARIDAD Y RECONCILIACIÓN,
SIN CONFUSIÓN
NI SINCRETISMO**

9. La jornada de Asís, al presentar a la Iglesia católica dando la mano a los hermanos cristianos y a todos estos juntos uniéndose su mano con los hermanos de las otras religiones, ha sido como una expresión visible de estas afirmaciones del Concilio Vaticano II. Con esa Jornada y mediante ella hemos logrado por la gracia de Dios, poner en práctica, sin sombra alguna de confusión y sincretismo, esta convicción nuestra, inculcada por el Concilio, sobre la unidad de principio y de fin de la familia humana y sobre el sentido y valor de las religiones no cristianas.

¿Y la Jornada, no nos ha enseñado a releer por otra parte con ojos más abiertos y penetrantes la rica enseñanza conciliar sobre el designio salvífico de Dios, centrado en Jesús, y la profunda unidad de la que procede y hacia la que tiende a través de la diaconía de la Iglesia? Y la Iglesia católica se ha manifestado a sus hijos y al mundo en el ejercicio de su función de "promover la unidad y la caridad entre los hombres y entre los pueblos" (*Nostra aetate*, 1). En este sentido también hay que decir que la misma identidad de la Iglesia católica y la conciencia que tiene de sí misma se han reforzado en Asís. Efectivamente, la Iglesia, es decir, nosotros mismos, hemos captado mejor, a la luz del acontecimiento, cuál es el verdadero sentido del misterio de unidad y de reconciliación que el Señor nos ha confiado y que Él ejerció por primera vez cuando ofreció su vida "no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos" (*Jn* 11, 52).

**DESCUBRIR DE NUEVO Y
MANTENER VIVO
EL "ESPÍRITU DE ASÍS"
COMO MOTIVO DE ESPERANZA
PARA EL FUTURO**

10. La Iglesia ejerce este esencial ministerio suyo de varios modos: mediante la evangelización, la administración de los Sacramentos y la guía pastoral por parte del Sucesor de Pedro y de los obispos, mediante el servicio cotidiano de los sacerdotes, de los diaconos, de los religiosos y de las religiosas, mediante el esfuerzo y el testimonio de los misioneros y de los catequistas, mediante la oración silenciosa de los contemplativos y el sufrimiento de los enfermos, de los pobres y de los oprimidos, y mediante tantas formas de diálogo y de colaboración de los cristianos para realizar los

ideales de las Bienaventuranzas y promover los valores del reino de Dios.

La Iglesia ha ejercido ese ministerio también en Asís, de un modo si se quiere inédito, pero no por ello menos eficaz y comprometido como lo han reconocido nuestros huéspedes que expresaban su alegría y animaban a continuar por el camino emprendido.

Por otra parte, la situación del mundo, como vemos en esta vigilia de Navidad, es en sí misma una apremiante llamada a descubrir de nuevo y mantener siempre vivo el espíritu de Asís como motivo de esperanza para el futuro.

POBRES ANTE EL SEÑOR: EL VALOR DE LA PLEGARIA

11. En Asís se ha manifestado de modo extraordinario el valor único que la oración tiene para la paz: y más todavía, que la paz no puede darse sin la oración, y la oración de todos, cada uno en su propia identidad y en la búsqueda de la verdad. Y en esto hay que ver, según lo que hemos dicho antes, otra manifestación admirable de esa unidad que nos vincula más allá de las diferencias y divisiones que todos conocemos. Toda oración auténtica se encuentra bajo el influjo del Espíritu "que intercede insistentemente por nosotros", "porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene", pero El intercede por nosotros "con gemidos inefables" y "El que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu" (cf. *Rom* 8, 26-27). Podemos, pues pensar que toda oración auténtica está suscitada por el Espíritu Santo, el cual está misteriosamente presente en el corazón de cada hombre.

También esto se ha visto en Asís: la unidad que proviene del hecho de

que todo hombre y mujer son capaces de rezar: es decir, de someterse totalmente a Dios y de reconocerse pobres ante El. La oración es uno de los medios para realizar el designio de Dios entre los hombres (cf. *Ad gentes*, 3).

De este modo, se ha hecho patente que el mundo no puede dar la paz (cf. *Jn* 14, 27), sino que ésta es un don de Dios y que hay que impetrarla de El mediante las plegarias de todos.

EL VERBO SE HIZO CARNE PARA ESTAR ENTRE NOSOTROS

12. Al proponeros, señores cardenales, arzobispos, obispos y miembros de la Curia Romana, estas reflexiones sobre el extraordinario acontecimiento que se desarrolló en Asís, el 27 de octubre pasado, quisiera ante todo que ello sirviera de ayuda para prepararnos mejor a recibir una vez más ese Verbo en El que "han sido creadas todas las cosas" (cf. *Jn* 1, 3), y por El que todos los hombres son llamados a "tener la vida y tenerla en abundancia" (*Jn* 10, 10), ese Verbo divino que ha querido "acampar entre nosotros" (cf. *Jn* 1, 14) y que, con su venida, su muerte, su resurrección ha querido "recapitular en sí todas las cosas, las celestes y terrestres" (cf. *Ef* 1, 10).

A El que "con la encarnación se ha unido en cierto modo a cada hombre" (*Gaudium et spes*, 22) quisiera también confiarle el desarrollo que hemos de dar a la Jornada de Asís y a los compromisos que con este fin todos en la Iglesia tendremos que asumir o estamos asumiendo ya para responder a la vocación fundamental de la Iglesia entre los hombres de ser "sacramento de redención universal" y "germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (*Lumen gentium*, 9).

Estoy seguro que todos vosotros,

colaboradores de la Curia Romana, sois profundamente conscientes de esta misión; os doy las gracias por ello, y os agradezco también la insustituible ayuda que me ofrecéis, día tras día, en el servicio de la Iglesia universal, junto con los Representantes Pontificios en los distintos países del mundo.

LA MIRADA MATERNA DE MARIA

13. Y, al presentaros a todos mis

más fervientes felicitaciones de Navidad, quisiera volver a expresar mi agradecimiento a todos los que, aceptando mi invitación, no sin dificultades y molestias, nos han animado con su ejemplo no sólo a dar testimonio ante el mundo del compromiso común por la paz, sino también a reflexionar sobre el misterio de la obra de Dios en el mundo, a la cual todos queremos servir y cuyo culmen en la plenitud de los tiempos nos disponemos a celebrar la noche de Navidad, bajo la mirada materna de María.

MENSAJES A LOS OBISPOS DEL PERU

ABRIR A LOS HOMBRES, MEDIANTE LA PALABRA Y EL TESTIMONIO, EL AUTENTICO CAMINO DE LA LIBERACION REALIZADA POR CRISTO REDENTOR

Amadísimos hermanos en el Episcopado:

Con ocasión de la visita al Perú del Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal Joseph Ratzinger, invitado por el Presidente de la Conferencia Episcopal, cardenal Juan Landázuri Ricketts, me es grato haceros llegar mi más cordial saludo en la paz del Señor resucitado.

Este encuentro del cardenal Prefecto con el Episcopado peruano desea ser, en cierto modo, una continuación del fraterno diálogo eclesial, iniciado con motivo de las últimas visitas "ad Limina" para analizar y profundizar conjuntamente algunos temas de interés, con el fin de que sea siempre viva y dinámica la comunión de cada obispo con la Sede de Pedro y con los demás obispos del mundo.

Entre las varias cuestiones sobresale, por su importancia y repercusión en el pueblo fiel, el tema de la teología de la liberación, al que la mencionada Congregación ha dedicado recientemente dos documentos: "Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación" (1984), e "Instrucción sobre libertad cristiana y liberación" (1986).

Esta reunión en el Perú, que va precedida de otras similares con otros Episcopados, constituye un momento de especial intensidad eclesial, al ser expresión de aquella colegialidad que une a los obispos entre sí y con el Sucesor de Pedro en la solicitud por todas las Iglesias. Deseo que, gracias a este encuentro, se refuerce ulterior-

mente ese vínculo colegial en provecho de toda la Iglesia, la cual "forma una unidad de la que la unión de los obispos es el vínculo" (*San Cipriano. Ep. 56, 8, 3*).

En las conversaciones que tuve con cada uno de vosotros, pude comprobar cómo os estáis prodigando en el deber insoslayable de hacer Iglesia, objetivo que debe estar siempre por encima de circunstancias y de problemas humanos de toda índole. A ejemplo de Cristo, esto ha de ser un estímulo más para no cejar en la búsqueda y el acercamiento a los hombres, en el deseo de sanar sus heridas, ayudarles a llevar sus cargas y, sobre todo, abrirles, mediante la palabra y el testimonio, el auténtico camino de la liberación realizada por Cristo Redentor: ésta "da su verdadero sentido a los necesarios esfuerzos de liberación de orden económico, social y político, impidiéndoles caer en nuevas servidumbres" (*Instrucción sobre libertad cristiana y liberación, n. 99*). De este modo vuestro ministerio pastoral llegará a lo más profundo de los espíritus, allí donde, aunque las carencias humanas sean más dolorosas, tiene lugar con intervención de la gracia divina el renacimiento del hombre nuevo y del mundo nuevo que todos anhelamos, "porque la expectación ansiosa de la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios" (*Rom 8, 19*).

Todo lo que se refiera a la elevación espiritual, moral y social del hombre debe ser objeto de vuestra ineludible misión y a ella debéis dedicar los mejores esfuerzos, no olvidando que todo momento es tiempo favorable, es tiempo de gracia para el Señor. Que vuestra fe ilumine a todos los hombres, "para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (*Mt 5, 16*), y así puedan descubrir mejor el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Queridos hermanos: no quiero terminar este mensaje sin elevar mi plegaria a la Virgen María que, en el Cenáculo de Jerusalén, ayudó e intercedió para consolidar la unidad de los Apóstoles, los cuales "perseveraban en la oración, con un mismo espíritu" (*Act 1, 14*). "Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos" (*ib.*, n. 97). A Ella confío el buen resultado de este diálogo, a la vez que os imparto de corazón mi bendición apostólica, que extendiendo gustosamente a todo el pueblo fiel del Perú.

Vaticano, 14 de julio de 1986.

JUAN PABLO II

INVITACION A BUSCAR Y LOGRAR LA CONCORDIA NACIONAL MEDIANTE LA RECONCILIACION

Queridos hermanos en el Episcopado:

Sigo con viva preocupación la situación difícil en que desde hace tiempo se encuentra vuestro país. La noticia de una brusca y repentina agravación de la misma, por la intensificación de las tensiones políticas y sociales que han seguido a los sucesos dramáticos del mes pasado, me llegó cuando me estaba preparando para realizar mi visita pastoral a Colombia.

Vosotros, solícitos como siempre por el bien de vuestro pueblo, habéis intervenido inmediatamente con un nuevo llamado a la concordia nacional, mediante la reconciliación de los espíritus y la mutua comprensión. Consideráis que tales premisas son necesarias para una búsqueda provechosa de las soluciones más idóneas de los serios problemas que todos, personalidades responsables y ciudadanos en general, sin distinción deben afrontar, recorriendo la vía de la justicia y del pleno respeto del valor fundamental de todo ser humano.

Deseo testimoniaros ante todo mi honda participación en el luto y en las pruebas que atraviesa vuestro país y expresaros mi unión plena y cordial con vuestras preocupaciones pastorales y con vuestros esfuerzos, dirigidos a promover y a favorecer el bien común auténtico a través de la unidad de la nación, superando los antagonismos de parte.

Quisiera que en la persecución de estos altos objetivos os acompañara el eco de vuestras mismas palabras, que hice mías y confirmé durante mi visita a vuestro querido país en febrero del año pasado. Entonces repetí con vosotros que "es importante que las instituciones encargadas de la vigilancia del orden público y de la administración de la justicia, cuya misión es la defensa de la vida y del orden jurídico, logren inspirar la confianza de la población, contribuyendo así a fortalecer la convivencia de la ley en nuestro país". Y añadí que "el cristianismo reconoce la noble y justa lucha por la justicia a todos los niveles, pero invita a promoverla mediante la comprensión, el diálogo, el trabajo eficaz y generoso, la convivencia, excluyendo soluciones por caminos de odio y de muerte".

La invitación a buscar y a lograr la concordia nacional por medio de la reconciliación de los espíritus y del abandono de los odios y de los rencores, que están en la raíz de la violencia, continuará siendo —de ello estoy seguro— el punto fundamental de vuestra constante actividad magisterial y ministerial en favor sobre todo de las generaciones jóvenes, que son las más expuestas a la sugestión de ideologías falsas, no raras veces en las mismas sedes donde se provee a su formación. Como decía en mi alocución a los jóvenes peruanos, el día 2 de febrero del año pasado, solamente en Cristo "está la respuesta a las ansias más profundas" de sus corazones. Y añadía que en realidad "el tener confianza en los medios violentos, con la esperanza de instaurar más justicia, es ser víctima de una ilusión mortal".

Elevo a Dios fervientes súplicas en favor de la concordia de los espíritus en vuestro país y os exhorto a que promováis en las Iglesias a vosotros confiadas una verdadera "cruzada" de oraciones. Suba a Dios el anhelo de pacificación y de la deseada tranquilidad en el orden, que anima en el corazón de tantos hijos de esa noble nación.

Para todos pido a Cristo, "paz y reconciliación nuestra", gracias abundantes, en prenda de las cuales imparto de corazón una especial bendición apostólica.

Vaticano, 16 de julio de 1986.

JUAN PABLO II

MENSAJE A LA JUVENTUD MUNDIAL

LLAMADA A CONSTRUIR LA CIVILIZACION DEL AMOR

Queridos jóvenes, amigos:

"Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El" (1 Jn 4, 16).

1. El 8 de junio pasado tuve la inmensa alegría de anunciar la celebración de la próxima Jornada mundial de la Juventud, en Buenos Aires, el Domingo de Ramos de 1987. Estaré entonces, con la ayuda de Dios, culminando mi visita apostólica a las naciones del cono suramericano: Uruguay, Chile y Argentina.

En Buenos Aires, tendré el gran gozo de encontrarme no sólo con la juventud argentina, sino también con muchos jóvenes provenientes del área latinoamericana y de otros países del mundo. En aquel esperado encuentro, nos sentiremos todos en comunión de oraciones, de amistad y fraternidad, de responsabilidad y compromiso, con los demás jóvenes que, en torno a sus Pastores celebrarán esta Jornada en las Iglesias locales de todo el mundo; nos sentiremos unidos también con todos aquellos que buscan a Dios con corazón sincero y desean dedicar sus energías juveniles a la construcción de una nueva sociedad más justa y fraterna.

No deja de ser significativo que, esta vez, la Jornada tenga su lugar central de celebración en tierras latinoamericanas, pobladas mayoritariamente por jóvenes, que son los animadores y futuros protagonistas del llamado "continente de la esperanza". La Iglesia latinoamericana, proclamó en Puebla de los Angeles (México) su "opción preferencial por los jóvenes" y se dispone a una "nueva evangelización" para rejuvenecer las raíces, la tradición, la cultura cristianas de sus pueblos a las puertas ya del "medio milenio" de su primera evangelización. Pero nuestra mirada se alarga a los cuatro puntos cardinales y nuestra palabra quiere convocar a todos los jóvenes y las jóvenes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, que serán los hombres y mujeres del 2.000 y a quienes la Iglesia reconoce y acoge con esperanza.

2. El tema y contenido de esta Jornada mundial pone ante nuestros ojos el testimonio del Apóstol San Juan cuando exclama: "Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en El" (1 Jn 4, 16).

A este propósito, deseo recordaros un pensamiento que expuse en mi primera Encíclica: "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente" (*Redemptor hominis*, 10). ¡Y cuánto más podrá destacarse dicha realidad para la vida de los jóvenes, en esta fase de especial responsabilidad y esperanza, del crecimiento de la persona, de definición de los grandes significados, ideales y proyectos de vida, de ansia de verdad y de caminos de auténtica felicidad! Es entonces cuando más se experimenta la necesidad de sentirse reconocido, sostenido, escuchado y amado. Vosotros sabéis bien, desde lo profundo de vuestros corazones, que son efímeras y sólo dejan vacío en el alma las satisfacciones que ofrece un hedonismo superficial; que es ilusorio encerrarse en la caparazón del propio egoísmo; que toda indiferencia y escepticismo contradicen las nobles ansias de amor sin fronteras; que las tentaciones de la violencia y de las ideologías que nie-

gan a Dios llevan sólo a callejones sin salidas.

Puesto que el hombre no puede vivir ni ser comprendido sin amor, quiero invitaros a todos a crecer en humanidad, a poner como prioridad absoluta los valores del espíritu, a transformarnos en "hombres nuevos", reconociendo y aceptando cada vez más la presencia de Dios en vuestras vidas, la presencia de un Dios que es Amor; un Padre que nos ama a cada uno desde toda la eternidad, que nos ha creado por amor y que tanto nos ha amado hasta entregar a su Hijo unigénito para perdonar nuestros pecados, para reconciliarnos con El, para vivir con El una comunión de amor que no terminará jamás. La Jornada mundial de la Juventud tiene, pues, que disponernos a todos a acoger ese don del amor de Dios, que nos configura y que nos salva. El mundo espera con ansia nuestro testimonio de amor. Un testimonio nacido de una profunda convicción personal y de un sincero acto de amor y de fe en Cristo resucitado. Esto significa conocer el amor y crecer en El.

3. Nuestras celebraciones tendrán también una clara dimensión comunitaria, exigencia ineludible del amor de Dios y de la comunión de quienes se sienten hijos del mismo Padre, hermanos en Jesucristo y unidos por la fuerza del Espíritu. Por estar incorporados a la gran familia de los redimidos y ser miembros vivos de la Iglesia, experimentaremos en esta Jornada el entusiasmo y la alegría del amor de Dios que os convoca a la unidad y a la solidaridad. Dicha llamada no excluye a nadie. Al contrario, es una convocatoria sin fronteras que abraza a todos los jóvenes sin distinción, que fortalece y renueva los vínculos que unen a la juventud. En esta circunstancia han de hacerse particularmente vivos y operantes los lazos con aquellos jóvenes que sufren las consecuencias del desempleo, que viven en la pobreza o la soledad, que se sienten marginados o llevan la pesada cruz de la enfermedad. Llegue también el mensaje de amistad a quienes no aceptan la fe religiosa. La caridad no transige con el error, pero sale siempre al encuentro de todos para abrir caminos de conversión. ¡Qué bellas y luminosas palabras nos dirige a este propósito San Pablo en el himno a la caridad! (cf. 1 Cor 13). ¡Sean ellas para vosotros ideario de vida y decidido compromiso en vuestro presente y en vuestro futuro!

La caridad de Dios que ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cf. Rom 5, 5), tiene que sensibilizarnos contra las flagrantes amenazas del hambre y de la guerra, contra las escandalosas disparidades entre minorías opulentas y pueblos pobres, contra los atentados a los derechos del hombre y a sus legítimas libertades, incluida la libertad religiosa, contra las actuales y potenciales manipulaciones de su dignidad. He sentido viva y fuerte la cercanía y la oración de los jóvenes con ocasión de la Jornada mundial de oración por la paz, celebrada el 27 de octubre en Asís, en la que participaron representantes de las confesiones cristianas y de las religiones del mundo.

Más que nunca, se requiere que los enormes progresos científicos y tecnológicos de nuestro tiempo sean orientados, con sabiduría ética, para bien de todo el hombre y de todos los hombres. La gravedad, urgencia y complejidad de los actuales problemas y desafíos, exigen de las nuevas generaciones capacidad y competencia en los diversos campos; mas, por encima de los intereses o visiones parciales ha de colocarse el bien integral del hombre, creado a imagen de Dios y llamado a un destino eterno. En Cristo se nos ha revelado plenamente el amor de Dios y la sublime dignidad del hombre. Que Jesús sea la "piedra angular" (cf. Ef 2, 20) de vuestras vidas y de la nueva civilización que en solidaridad generosa y compartida habréis de construir. No puede haber auténtico crecimiento humano en la paz

y en la justicia, en la verdad y en la libertad, si Cristo no se hace presente con su fuerza salvadora.

La construcción de una civilización del amor requiere templos recios y perseverantes, dispuestos al sacrificio e ilusionados en abrir nuevos caminos de convivencia humana, superando divisiones y materialismos opuestos, es ésta una responsabilidad de los jóvenes de hoy que serán los hombres y mujeres del mañana, en los albores ya del tercer milenio cristiano.

4. En espera gozosa de nuestro encuentro, os aliento a todos a una profunda y meditada preparación espiritual que potencie el dinamismo eclesial de la Jornada. ¡Poneos en marcha! Que vuestro itinerario esté jalonado de oración, estudios, diálogo, deseos de conversión y mejora. Caminad unidos desde vuestras parroquias y comunidades cristianas, vuestras asociaciones y movimientos apostólicos. Sea la vuestra una actitud de acogida, de espera, en sintonía con el período de Adviento que iniciamos. La liturgia de este primer domingo nos recuerda, con palabras de San Pablo, "el momento en que vivimos" y nos exhorta a que "despojándonos de las obras de las tinieblas" nos revistamos "más bien del Señor Jesucristo" (cf. Rom 13, 11-14).

A todos los jóvenes y las jóvenes del mundo envío mi saludo entrañable y cordial. En particular a los jóvenes argentinos. He seguido con gran interés vuestras peregrinaciones anuales al santuario de Nuestra Señora de Luján y el Encuentro nacional de jóvenes en Córdoba del año pasado, así como la "opción juventud" que ha concentrado durante años la pastoral de conjunto del Episcopado argentino. Conozco, desde mi primera visita a vuestro país en 1982, tan cargada de dolor y de esperanza, vuestro compromiso por la edificación de la paz en la justicia y en la verdad. Sé por todo ello que colaboraréis con entusiasmo en la preparación de la Jornada de Buenos Aires, que estaréis presentes en ese encuentro con el Papa y que sabréis acoger con generosa hospitalidad y amistad compartida a los jóvenes de otros países que quieran participar en esa fiesta de hondo compromiso con Cristo, con la Iglesia, con la nueva civilización de la verdad y del amor.

A todos los jóvenes y las jóvenes del mundo invito a celebrar con particular intensidad y esperanza la Jornada mundial de la Juventud el próximo Domingo de Ramos de 1987. La preparación y los frutos de la Jornada los encomiendo a María, la joven Virgen de Nazaret, la humilde servidora del Señor, que creyó en el amor del Padre y nos dio a Cristo "nuestra Paz" (cf. Ef 2, 14).

Queridos jóvenes, amigos: Sed testigos del amor de Dios, sembradores de esperanza y constructores de paz.

En nombre del Señor Jesús os bendigo con todo mi afecto.

Vaticano, 30 de noviembre de 1986, I domingo de Adviento.

Joannes Paulus II

MENSAJE URBI ET ORBI PARA LA NAVIDAD

POBREZA EVANGELICA, AMOR FRATERO Y PAZ UNIVERSAL

1. "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz... que dice Sión: 'Ya reina tu Dios'" (Is 52, 7).

Sí. Sión, tu Dios reina.

Tu Dios admirable, he aquí que *yace en el pesebre* donde se pone a los animales.

Y así comienza a reinar tu Dios, oh Sión.

Tu Dios incomprendible: "Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos" (cf. Is 55, 8).

Ha comenzado a reinar, pues, bajo el signo de la máxima pobreza: "... siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que *vosotros fueseis ricos por su pobreza*" (2 Cor 8, 9).

2. Cómo son hermosos los pies de *aquel mensajero* de alegres noticias cuyo nombre es Francisco, el Pobrecillo de Asís, de Greccio y de la Verna.

Francisco, amante de todas las criaturas; Francisco, *conquistado por el amor del Niño Divino*, nacido en la noche de Belén; Francisco, en cuyo corazón Cristo comenzó a reinar para que, también por medio de la pobreza del discípulo, nosotros comprendiéramos mejor la pobreza del Maestro y fuéramos inducidos hacia pensamientos de amor y paz.

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad —paz a los hombres que El ama— (cf. Lc 2, 14).

Gloria a Dios...

Navidad, *da las gracias*, una vez más, a cuantos han escuchado el mensaje de Francisco, amante del Creador y de todas las criaturas; el mensaje de Francisco, heraldo de la gloria de aquel Dios, que "en las alturas" es Amor; el mensaje de Francisco, *promotor de la paz en la tierra*.

El Obispo de Roma da las gracias a todos los que vinieron a Asís, de buena gana, para estar juntos, para recogerse y meditar ante el "último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia el cual nos dirigimos" (*Nostra aetate*, 1), y vinieron a rezar también *por la paz en la tierra*.

4. El Obispo de Roma da las gracias, una vez más, a todos: a los hermanos de las Iglesias cristianas y de las Comunidades eclesiales, así como a los hermanos de las Religiones no cristianas.

Da las gracias a todos y a cada uno por aquella jornada singular en la que *hemos decidido* —frente a todas las potencias de la tierra que devoran en armamentos riquezas incalculables, disipan recursos preciosos en cosas superfluas y hacen temer destrucciones apocalípticas—, frente a todas esas potencias amenazadoras hemos decidido *ser pobres*: pobres como Cristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo, pobres como Francisco, elocuente imagen de Cristo, pobres como tantas almas grandes que han iluminado el camino de la humanidad.

Lo hemos decidido, teniendo a

3. El Obispo de Roma, el día de

nuestra disposición sólo este medio, el de la pobreza, y únicamente este poder, el poder de la debilidad: *sólo la plegaria y solamente el ayuno.*

5. ¿No es menester tal vez que el mundo escuche esta voz?

¿No es necesario que escuche el testimonio de la noche de Belén?

¿Que escuche a Dios nacido en la pobreza?

¿Que escuche a Francisco, heraldo de las ocho bienaventuranzas?

¿No es preciso que calle el estrépito del odio y el estruendo de las detonaciones mortíferas en tantos lugares de la tierra?

¿No es menester que Dios pueda escuchar finalmente la voz de nuestro silencio?

¿Y que, a través del silencio, llegue a El la oración y el grito de todos los hombres de buena voluntad?

¿El grito de tantos corazones atormentados, así como la voz de tantos millones de seres humanos que no tienen voz?

6. *Escuchad y comprended todos:* Dios que abraza todas las cosas, Dios en el que "vivimos, nos movemos y

existimos" (Act 17, 28), *ha elegido la tierra como morada suya;* ha nacido en Belén; ha hecho de los corazones humanos el espacio de su reino.

¿Podemos ignorar o deformar todo esto?

¿Es lícito destruir la morada de Dios entre los hombres?

¿No es menester, al contrario, cambiar de raíz los planes del dominio humano en la tierra?

7. Hermanos y hermanas de todos los lugares de la tierra: Si Dios nos ha amado tanto que se ha hecho hombre por nosotros, ¿no podremos nosotros amarnos mutuamente, hasta compartir con los demás lo que se ha otorgado a cada uno para el gozo de todos?

Únicamente el amor que se convierte en don puede transformar la faz de nuestro planeta, dirigiendo las mentes y los corazones hacia pensamientos de fraternidad y paz.

Hombres y mujeres del mundo: Cristo nos pide amarnos.

Este es el mensaje de Navidad, éste es el deseo que dirijo a todos desde lo más profundo de mi corazón.

VIAJES APOSTOLICOS

COLOMBIA ESPERA AL PAPA

PROGRAMA DE LA PEREGRINACION PONTIFICIA POR TIERRAS COLOMBIANAS

Martes, 1 de julio

ROMA-BOGOTA

- 10.30 Salida de Roma en avión desde el aeropuerto de Fiumicino, hacia Bogotá.
- 15.15 Llegada al aeropuerto internacional "Eldorado" de Bogotá. Ceremonia de bienvenida.
- 17.00 Encuentro con los sacerdotes y seminaristas en la catedral de Bogotá.
- 18.30 Visita al Presidente de la República en la "Casa de Nariño" (Palacio del Presidente).

Miércoles, día 2

BOGOTA

- 8.00 Encuentros ecuménicos con Representantes de la Comunidad judía y luego con los Jefes de Iglesias y comunidades eclesiales no católicas, en la Nunciatura.
- 9.15 Santa Misa en el parque "Simón Bolívar" de Bogotá.
- 12.30 Encuentro con el Cuerpo Diplomático en la Nunciatura.
- 15.15 Encuentro con la CLAR (Conferencia Latino Americana de los Religiosos) en la Nunciatura.
- 15.45 Encuentro con el Episcopado colombiano en el SPEC (Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano).
- 17.15 Encuentro con los obispos del CELAM (Consejo Episcopal Latino Americano) en la sede central del CELAM.
- 18.10 Breve encuentro con la CIEC (Confederación Interamericana de Educación Católica) en el CELAM.
- 18.45 Encuentro con los jóvenes en el estadio "El Campín" de Bogotá.

Jueves, día 3

CHIQUEQUIRA-BOGOTA

- 10.00 Santa Misa con los campesinos en el parque "Juan Pablo II" de Chiquinquirá.
- 12.45 Visita a la basílica de "Nuestra Señora de Chiquinquirá".
- 16.45 Encuentro con los habitantes de los barrios de Bogotá en el parque "El Tunal" de Bogotá.

Viernes, día 4

TUMACO-POPAYAN-CALI

- 9.00 Encuentro con la Iglesia misionera en la "Cancha San Judas Tadeo" de Tumaco.
- 11.20 Breve visita a la catedral de Popayán, destruida por el terremoto.
- 11.50 Encuentro con los indígenas en una explanada junto a la autopista Panamericana en Popayán.
- 16.45 Santa Misa en la "Unidad Deportiva Panamericana" de Cali.

Sábado, día 5

CHINCHINA-MEDELLIN

- 8.50 Encuentro con los habitantes de Chinchiná en la explanada situada delante del CENICAFE (Centro Nacional de Investigación del Café) en Chinchiná.
- 10.55 Santa Misa con ordenaciones sacerdotales en el aeropuerto "Olaya Herrera" de Medellín.
- 16.50 Encuentro con sacerdotes y representantes de los barrios populares de Medellín en el estadio "Atanasio Girardot" de Medellín.
- 18.20 Visita a la catedral de Medellín.
- 19.30 Encuentro con los intelectuales y el mundo universitario en el seminario de Medellín.

Domingo, día 6

ARMERO-BUCARAMANGA-CARTAGENA

- 9.45 Oración en sufragio de las víctimas de Armero.
- 14.45 Santa Misa en la "Ciudadela Real de Minas" de Bucaramanga.
- 19.15 Celebración de la Palabra en el parque "Chambacú" de Cartagena.
- 20.45 Visita al santuario de San Pedro Claver en Cartagena.

Lunes, día 7

BARRANQUILLA-SANTA LUCIA-ROMA

- 9.30 Visita a la catedral de Barranquilla.
- 9.45 Celebración de la Palabra en la "Plaza de la Paz" de Barranquilla.
- 11.20 Ceremonia de despedida en el aeropuerto "Ernesto Cortissoz" de Barranquilla.
- 12.00 Salida en avión para Santa Lucía.
- 15.30 Llegada al aeropuerto internacional "Hewanorra" de Santa Lucía.
- 15.55 Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Castries (Vigie).
- 17.10 Santa Misa en el Reduit Park.
- 20.00 Visita a la catedral.
- 20.45 Visita al Gobernador.
- 22.15 Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional "Hewanorra" de

de Santa Lucía.

22.30 Salida en avión para Roma.

Martes, día 8

ROMA

13.30 Llegada a Roma al aeropuerto de Ciampino.

VIAJE APOSTOLICO A FRANCIA

Juan Pablo II visitará Francia, por tercera vez en su pontificado, del 4 al 7 de octubre de 1986. Estuvo primero en París y Lisieux, en 1980, luego en Lourdes en 1983. Ahora va a la región Ródano-Alpes. El Papa visitará en esta ocasión cuatro diócesis que integran la región pastoral del Centro-Este: Lión, regida por el cardenal Albert Decourtray, vicepresidente de la Conferencia Episcopal Francesa; Belley, regida por mons. René Dupanloup; Annecy, regida por mons. Hubert Barbier; y Autun, regida por mons. Armand François M. Le Bourgeois, c.i.m. El Presidente de la Conferencia Episcopal Francesa es mons. Jean Vilnet, obispo de Lila, y el presidente del grupo de obispos de la región pastoral del Centro-Este es mons. Didier León Marchand, obispo de Valence.

PROGRAMA

Sábado, 4 de octubre

ROMA-LION

- 7.45 Salida del aeropuerto romano de Fiumicino.
- 9.15 Llegada al aeropuerto internacional de Satolas. Ceremonia de Bienvenida. Breve discurso del Santo Padre.
- 9.45 Encuentro privado con el Presidente de la República en una sala del aeropuerto internacional de Satolas.
- 10.45 Celebración de la Palabra en el Anfiteatro de las Tres Galias (lugar donde murieron los primeros mártires de las Galias) en Lión. Discurso del Santo Padre.
- 11.45 Encuentro con las autoridades de la región en la Prefectura de Lión. Breve saludo del Santo Padre.
- 16.00 Santa Misa y beatificación del Siervo de Dios Antoine Chevrier en el Eurex-

po de Li6n. *Homilía del Santo Padre.*

- 20.30 *Rezo del Santo Rosario* en la capilla del seminario de San Ireneo de Li6n. *Palabras del Santo Padre.*

Domingo, día 5

LION-TAIZE PARAY-LE-MONIAL-LION

- 8.30 Visita a la Iglesia de la Reconciliaci6n en Taizé y encuentro con la comunidad de Taizé en la Sala del Consejo. *Plegaria y breve discurso del Santo Padre.*
- 10.30 Santa Misa en el Parque de los Peregrinos en Paray-le-Monial. *Homilía del Santo Padre. Angelus.*
- 13.00 Visita a la Basílica de Paray-le-Monial.
- 13.20 Visita a la capilla de la Visitaci6n en Paray-le-Monial. *Palabras del Santo Padre.*
- 13.55 Visita a la capilla del Beato Claudio de la Colombiére en Paray-le-Monial. *Palabras del Santo Padre.*
- 16.45 Encuentro con los enfermos en la catedral de San Juan en Li6n. *Breve saludo del Santo Padre.*
- 18.00 Encuentro con los jóvenes en el Estadio de Gerland en Li6n. *Discurso del Santo Padre.*
- 20.00 Encuentro con los religiosos, religiosas y miembros de los institutos seculares en la basílica de "Fourvière" en Li6n. *Discurso del Santo Padre.* Bendición de la ciudad desde el balcón de la basílica. *Palabras del Santo Padre.*

Lunes, día 6

LION-DARDILLY-ARS-LION

- 8.30 Breve visita a la casa natal del Cura de Ars en Dardilly.
- 9.10 *Breve saludo del Santo Padre* a la poblaci6n congregada delante de la iglesia de Ars.
- 9.30 Visita a la iglesia de Ars y plegaria ante el relicario del Cura de Ars.
- 10.00 Retiro espiritual: *instrucci6n, meditaci6n y oraci6n* con los sacerdotes, seminaristas y diáconos y con sus familias en Ars.
- 15.00 Santa Misa en Ars. *Homilía del Santo Padre.*

- 18.30 Encuentro con el consejo pastoral y el consejo presbiteral de Li6n en el seminario de San Ireneo de Li6n. *Discurso del Santo Padre.*

- 19.30 Encuentro con los obispos franceses en el seminario de San Ireneo. *Discurso del Santo Padre.*

Martes, día 7

LION-ANNECY-LION-ROMA

- 8.50 Encuentro con el consejo presbiteral, con los representantes de los religiosos y con los representantes de los laicos en la Sala del Cabildo de la basílica de la Visitaci6n en Annecy. Encuentro con las visitandinas en la Sala del Coro. Encuentro con las diversas familias espirituales salesianas en la basílica de la Visitaci6n. *Palabras del Santo Padre.*
- 10.30 Santa Misa en el "Champ de Mars" en Annecy. *Homilía del Santo Padre.*
- 16.15 Encuentro con los profesores y estudiantes de la Universidad Católica de Li6n. *Discurso del Santo Padre.*
- 17.15 Encuentro con representantes de la Comunidad judía en una sala de la Universidad Católica.
- 17.45 Visita a la capilla del Prado en Li6n. *Palabras del Santo Padre.*
- 18.15 Encuentro con representantes de la Comunidad islámica en una sala del Prado.
- 19.00 Encuentro privado con el Primer Ministro en una sala del aeropuerto internacional de Satolas.
- 19.30 Ceremonia de despedida. *Discurso del Santo Padre.*
- 20.00 Salida en avión para Roma.
- 21.30 Llegada al aeropuerto romano de Ciampino.

VIAJE APOSTOLICO A BANGLADESH, SINGAPUR, FIJI, NUEVA ZELANDA, AUSTRALIA e ISLAS SEYCHELLES

PROGRAMA

Martes, 18 de noviembre

ROMA

17.45 Salida en avión del aeropuerto romano de Fiumicino para Dacca.

Miércoles, día 19

BANGLADESH Dacca

- 8.00 Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional de Dacca. *Discurso del Papa.*
- 9.15 Santa Misa con ordenaciones sacerdotales en el Estadio Ershad. *Homilía del Papa.*
- 16.00 Visita al Monumento Nacional de Savar.
- 17.30 Encuentro con representantes del laicado, líderes cristianos y no cristianos, sacerdotes, religiosos y seminaristas en el patio del arzobispado. *Discurso del Papa.*
- 18.45 Visita al Presidente de la República en su residencia oficial.
- 20.15 Reunión con los obispos de Bangladesh en la Nunciatura Apostólica. *Discurso del Papa.*
- Encuentro con una Delegación de Birmania. *Discurso del Papa.*

Jueves, día 20

- 8.10 Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional de Dacca.
- 8.30 Salida en avión para Singapur.

SINGAPUR

- 14.15 Llegada al aeropuerto Changi de Singapur.
- 15.00 Visita al Presidente en su residencia oficial.
- 16.15 Santa Misa en el estadio nacional. *Homilía del Papa. Discurso a los sacerdotes.*
- 19.15 Salida en avión desde el aeropuerto Changi para Fiji.

Viernes, día 21

ISLAS FIJI

- 9.15 Llegada al aeropuerto internacional de Nadi.

9.30 Salida en avión para el aeropuerto de Nausori (Suva).

SUVA

- 10.00 Ceremonia oficial de bienvenida en el aeropuerto de Nausori.
- 11.00 Ceremonia tradicional de bienvenida en el Parque Albert. *Discurso del Papa.*
- 14.40 Visita al Gobernador General en el Palacio de Gobierno.
- 15.30 Santa Misa en el Parque Albert. *Homilía del Papa.*
- 18.30 Encuentro con el Primer Ministro en el seminario regional del Pacífico.
- 19.10 Reunión con los miembros de la Conferencia Episcopal del Pacífico en la capilla del seminario regional. *Discurso del Papa.*

Sábado, día 22

- 8.20 Ceremonia de despedida de las autoridades del Estado en el aeropuerto de Nausori (Suva).
- 8.30 Salida en avión para el aeropuerto internacional de Nadi.

NADI

- 9.00 Encuentro con los jóvenes y despedida en el aeropuerto internacional de Nadi. *Discurso del Papa.*
- 9.50 Salida en avión para Auckland.

NUEVA ZELANDA AUCKLAND

- 14.00 Ceremonia oficial de bienvenida en el aeropuerto internacional de Auckland.
- 15.15 Bienvenida tradicional maorí para un huésped importante en el ingreso del parque "Auckland Domain".
- 16.30 Santa Misa en el "Auckland Domain". *Homilía del Papa.*
- 19.05 Encuentro con los jóvenes en el "Auckland Domain". *Discurso del Papa y plegaria final.*
- 20.30 Salida en avión del aeropuerto de Auckland para Wellingtón.
- 21.40 Llegada al aeropuerto de Wellingtón.

Domingo, día 23

WELLINGTON

- 8.40 Encuentro con el líder de la oposición en la Nunciatura Apostólica.
- 8.50 Encuentro con el Cuerpo Diplomático en la Nunciatura Apostólica. *Discurso del Papa.*
- 9.30 Encuentro con el Primer Ministro en la Nunciatura Apostólica.
- 10.20 Visita al Gobernador General en su residencia oficial.
- 11.30 Santa Misa en el Parque Athletic. *Homilía del Papa. Angelus.*
- 16.40 Celebración de la Palabra con la administración del sacramento de la unción de los enfermos en el Centro Wellington de Espectáculos y Deportes. *Homilía del Papa.*

- 19.00 Reunión con los obispos de Nueva Zelanda en la Nunciatura Apostólica. *Discurso del Papa.*

Lunes, día 24

- 8.20 Salida en avión del aeropuerto internacional de Wellingtón para Christchurch.

CHRISTCHURCH

- 9.05 Llegada al aeropuerto internacional de Christchurch.
 9.40 Celebración ecuménica en la catedral del Santísimo Sacramento. *Discurso del Papa.*
 10.10 Encuentro privado con representantes de las diversas Iglesias en la "Capilla del Convento".
 10.45 Santa Misa en el Parque Lancaster. *Homilía del Papa.*
 13.45 Ceremonia oficial de despedida en el aeropuerto internacional de Christchurch.
 14.00 Salida en avión para Canberra.

AUSTRALIA CANBERRA

- 15.15 Ceremonia oficial de bienvenida en la base militar de Fairbairn (Canberra). *Discurso del Papa.*
 16.50 Santa Misa en el Centro Nacional de Exposiciones. *Homilía del Papa.*
 19.45 Visita al Gobernador General en su residencia Yarralumla.
 20.20 Visita al Primer Ministro en la sede del Parlamento. *Discurso del Papa.*

Martes, día 25

- 8.15 Encuentro con el Cuerpo Diplomático en la Nunciatura Apostólica. *Discurso del Papa.*
 9.40 Ceremonia oficial de despedida en la base militar de Fairbairn (Canberra).
 10.00 Salida en avión para Brisbane.

BRISBANE

- 11.00 Llegada al aeropuerto internacional de Brisbane.
 12.00 Encuentro con los enfermos y minusválidos junto al Centro Deportivo Reina Isabel II. *Discurso del Papa.*
 12.55 Encuentro con los representantes de los medios de comunicación social en una sala del Estadio. *Saludo del Papa.*
 13.30 Santa Misa en el Estadio. *Homilía del Papa.*
 16.10 *Saludo del Papa* a la población y bendición desde el balcón del "City Hall".
 17.15 Salida en avión del aeropuerto internacional de Brisbane para Sidney.

SIDNEY

- 19.35 Llegada al aeropuerto Kingsford-Smith de Sidney.

- 20.15 Encuentro con los jóvenes en el Campo de Cricket. *Discurso del Papa.*

Miércoles, día 26

- 8.00 Encuentro con los representantes de la Comunidad Judía en el "St. Mary's Presbytery". *Discurso del Papa.*
 9.50 Encuentro con los trabajadores en la fábrica "Transfield Ltd.". *Discurso del Papa.*
 12.20 Encuentro con los religiosos y religiosas en el "Concert Hall" de la Opera. *Discurso del Papa.*
 13.40 Reunión con los obispos de Australia en el "St. Mary's Presbytery". *Discurso del Papa.*
 16.30 Encuentro con representantes de instituciones superiores educativas australianas en la universidad. *Discurso del Papa.*
 18.15 Santa Misa en el Hipódromo Randwick. *Homilía del Papa.*

Jueves, día 27

- 8.40 Salida en avión del aeropuerto de Sidney (Quantas Jet Base) para Hobart.

HOBART

- 10.25 Llegada al aeropuerto de Hobart.
 11.15 Encuentro con los jóvenes desocupados del "Wilson Training Centre" en el "Mount St. Canice". *Discurso del Papa.*
 14.40 Santa Misa en el Hipódromo Elwick. *Homilía del Papa.*
 17.35 Salida en avión desde el aeropuerto de Hobart para Melbourne.

MELBOURNE

- 18.50 Llegada al aeropuerto de Melbourne.
 19.50 Visita a la Catedral anglicana de San Pablo.
 20.15 Celebración ecuménica en el Campo de Cricket. *Discurso del Papa.*

Viernes, día 28

- 8.35 Encuentro con los fieles de la parroquia de San León Magno. *Discurso del Papa.*
 9.15 Encuentro con un grupo de niños de la escuela parroquial.
 10.30 Encuentro con profesores, licenciados y estudiantes de las escuelas católicas de magisterio en el Centro de Deportes y Esparcimiento. *Discurso del Papa.*
 11.45 Encuentro con el clero y los seminaristas en la catedral de San Patricio. *Discurso del Papa.*
 15.15 Breve visita a la "Ozanam House" (la Casa de la Sociedad de San Vicente de Paúl para los que no tienen techo).
 16.15 Santa Misa en el Hipódromo Victorian. *Homilía del Papa.*
 19.15 Visita al pabellón de cuidados intensivos de niños prematuros del hospital de maternidad de beneficencia. Encuentro con el personal, los enfermos y los bienhechores del hospital. *Discurso del Papa.*

- 20.10 Encuentro con la comunidad polaca en el Campo de Cricket. *Discurso del Papa.*

Sábado, día 29

- 8.00 Salida en avión del aeropuerto de Melbourne para Darwin. Durante el vuelo, conexión vía radio entre el Santo Padre y algunos muchachos de la escuela radiofónica "Katherine School of the Air" y con un médico del "Royal Flying Doctor Service". *Breves mensajes.*

DARWIN

- 10.20 Llegada al aeropuerto militar de Darwin.
11.00 Santa Misa en el campo de la "Royal North Australian Show Society". *Homilía del Papa.*
13.30 Salida en avión desde el aeropuerto militar de Darwin para Alice Springs.

ALICE SPRINGS

- 15.35 Llegada al aeropuerto de Alice Springs.
16.05 Encuentro con los aborígenes en el Parque Blathershite. *Discurso del Papa.*
18.05 Salida en avión desde el aeropuerto de Alice Springs para Adelaide.

ADELAIDA

- 21.00 Llegada al aeropuerto de Adelaide.
21.35 Se enciende la primera candela de Adviento en el balcón de la "Town Hall". *Plegaria del Papa.*

Domingo, día 30

- 8.10 Encuentro con los representantes de las industrias rurales en el "Festival Centre". *Discurso del Papa.*
10.00 Santa Misa en el Hipódromo Victoria. *Homilía del Papa. Angelus.*
13.00 Salida en avión desde el aeropuerto de Adelaide para Perth.
13.40 Llegada al aeropuerto de Perth.

PERTH

- 14.40 Santa Misa en el Hipódromo Belmont. *Homilía del Papa.*
17.40 Encuentro con los ancianos en la Casa de las Hermanitas de los Pobres. *Discurso del Papa.*
19.05 Inauguración del Centro Católico para las actividades educativas de Perth. *Discurso del Papa.*

Lunes, 1 de diciembre

- 7.30 Ceremonia de despedida en el aeropuerto de Perth. *Discurso del Papa.*
8.00 Salida en avión para Puerto-Victoria.

**ISLAS SEYCHELLES
PUERTO VICTORIA**

- 12.45 Ceremonia oficial de bienvenida en el aeropuerto "Pointe Larue" de Puerto-Victoria.
14.00 Santa Misa en el Estadio. *Homilía del Papa.*
16.30 Visita al Presidente de la República en su residencia.
17.20 Ceremonia de despedida en el aeropuerto "Pointe Larue".
17.30 Salida en avión para Roma.

ROMA

- 23.59 Llegada al aeropuerto romano de Ciampino.

ACTOS DE LA CURIA ROMANA

SECRETARIA DE ESTADO

TELEGRAMA AL NUNCIO APOSTOLICO DE COLOMBIA

**CONDOLENCIA DE JUAN PABLO II
POR LAS VICTIMAS DE LAS INUNDACIONES
EN COLOMBIA**

Mons. Angelo Acerbi,
Nuncio Apostólico.
Bogotá.

Al recibir triste noticia grandes inundaciones que han provocado numerosos muertos y graves daños materiales en regiones de Meta, Arauca, Vichada, Guaviare y Guainía, Santo Padre eleva fervientes plegarias al Señor por eterno descanso fallecidos. Asimismo Su Santidad ruega Vuestra Excelencia transmita más sentido

pésame a los familiares y haga llegar Pastores citadas comunidades eclesiales su viva y constante solicitud por cuantos han quedado sin hogar u otros bienes necesarios, impartiendo al mismo tiempo prenda constante asistencia divina confortadora bendición apostólica que extiende de corazón a quienes movidos por sentimientos cercana solidaridad y caridad fraterna presten ayuda eficaz personas necesitadas en estos momentos sufrimiento.

16 de julio de 1986.

Cardenal Agostino CASAROLI

CONGREGACION DE LA DOCTRINA DE LA FE

CARTA AL REVERENDO CHARLES CURRAN Y DECLARACION ANEXA DEL OBISPO DE WASHINGTON

o. prof. sacerdote Charles Curran.
Catholic University of America.
Washington.

Esta Congregación desea acusar recibo de su carta del 1 de abril de 1986, con la cual usted enviaba su respuesta definitiva a las "observaciones" críticas que se le habían mandado, con relación a algunas tesis sostenidas por usted en sus publicaciones. En la carta dice usted que "permanece todavía convencido de la verdad de dichas posiciones...". Al mismo tiempo, vuelve a proponer lo que usted mismo define "un compromiso", según el cual, usted continuaría enseñando teología moral, pero no en el campo de la ética sexual.

La finalidad de esta carta es comunicarle que la Congregación confirma la propia posición según la cual quien, como usted, disiente del Magisterio, no puede ser ni idóneo ni se le puede designar para enseñar la teología católica. En consecuencia, la Congregación no acepta la solución de com-

promiso que usted propone, a causa de la unidad orgánica de la auténtica teología católica, unidad que está íntimamente ligada, en su contenido y en su método, a la fidelidad al Magisterio de la Iglesia.

Las diversas posiciones de disenso que esta Congregación le ha hecho notar, a saber, las referentes al derecho a disentir públicamente del Magisterio ordinario, la indisolubilidad del matrimonio sacramental consumado, el aborto, la eutanasia, la masturbación, la contracepción artificial, las relaciones prematrimoniales y los actos homosexuales, han sido enumerados cuidadosamente en las "observaciones" antes mencionadas, de julio de 1983, y han sido ya publicadas. Así, pues, no es el caso de entrar en los detalles sobre el hecho de que usted disiente realmente sobre tales cuestiones.

Hay todavía un aspecto que ha de ser puesto en evidencia. Su afirmación de fondo es que sus tesis, dado que son convincentes para usted y difieren sólo de la enseñanza "no infalible" de la Iglesia, constituyen un disenso "responsable", y deberían por tanto ser permitidas por la Iglesia. A este respecto parecen necesarias las siguientes consideraciones.

En primer lugar hay que recordar la enseñanza del Concilio Vaticano II que, de modo claro, no limita el Magisterio infalible solamente a la materia de fe o bien a las definiciones solemnes. La "Lumen gentium", en el n. 25, afirma: "... Cuando, aun estando dispersos (los obispos) por el orbe, pero manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro, enseñando auténticamente en materia de fe y costumbres, convienen en que una doctrina ha de ser tenida como definitiva, en ese caso proponen infaliblemente la doctrina de Cristo". Por lo demás, la Iglesia no construye su vida fundándola sólo en su Magisterio infalible, sino también en la enseñanza de su Magisterio auténtico ordinario.

A la luz de estas consideraciones resulta claro que usted no ha tenido adecuadamente en cuenta, por ejemplo, que la posición de la Iglesia sobre la indisolubilidad del matrimonio sacramental consumado, que usted pretende que sea cambiada, en realidad ha sido definida por el Concilio de Trento, y por lo mismo pertenece al patrimonio de la fe. De la misma manera usted no da suficiente peso a la enseñanza del Concilio Vaticano II, cuando, en plena continuidad con la Tradición de la Iglesia, ha condenado el aborto, calificándolo como "delito abominable". En todo caso los fieles no están obligados a aceptar sólo el Magisterio infalible. Están llamados a dar el religioso obsequio de la inteligencia y de la voluntad a la doctrina que el Su-

premo Pontífice o el Colegio de los Obispos, ejercitando el Magisterio auténtico, enuncian en materia de fe o de moral, incluso cuando no pretenden proclamarla con un acto definitivo. Usted ha rehusado siempre hacer esto.

Hay además dos cuestiones relacionadas que, sobre todo en los últimos meses, han sido ampliamente mal entendidas en el curso del examen realizado por esta Congregación acerca de sus obras, y que deben ser precisadas. Ante todo, usted ha protestado públicamente porque no se le ha dicho nunca quiénes eran sus "acusadores". Ahora bien, la Congregación ha basado el propio examen exclusivamente en las obras publicadas por usted y en las respuestas personales a las propias "observaciones". Por tanto, de hecho, sus mismas obras han sido sus "acusadores" y solamente ellas.

Usted ha protestado además porque no se la había dado nunca la posibilidad de aconsejarse. Ahora bien, dado que el examen ha sido realizado a base de documentación escrita, usted ha tenido la posibilidad de recurrir a cualquier tipo de asesoramiento que usted deseara. Es igualmente claro que usted lo ha hecho. En su carta del 24 de agosto de 1984, respondiendo a las "observaciones" de la Congregación, usted mismo afirmaba que sus posiciones las había tomado "después de un gran número... de consultas..."; además, en la carta de la Congregación del 17 de septiembre de 1985, se le invitaba de hecho a continuar sirviéndose de estos mismos medios, con el fin de llegar a una solución aceptable de las divergencias entre sus posiciones y la doctrina de la Iglesia. Finalmente, a petición suya, cuando vino al encuentro del 8 de marzo de 1986, usted estaba acompañado por un teólogo de su confianza, que usted

mismo había elegido.

En conclusión, esta Congregación vuelve a llamar la atención sobre el hecho de que usted ha tomado sus posiciones de disenso en su calidad de profesor de teología en la facultad eclesiástica de una Universidad Pontificia. En la carta dirigida a usted, con fecha 17 de septiembre de 1985, se hacía notar que "... las autoridades de la Iglesia no pueden permitir que continúe la situación actual, en la cual se prolonga la contradicción intrínseca por la cual uno que tiene la misión de enseñar en nombre de la Iglesia, de hecho niega su doctrina". Por lo tanto esta Congregación, tras su reiterado rechazo de aceptar que la Iglesia enseñe, y en virtud del propio mandato de promover y salvaguardar la doctrina de la Iglesia en materia de fe y de moral en todo el mundo católico, de acuerdo con la Congregación para la Educación Católica, no ve otra alternativa que la de notificar al excmo. canciller que usted no puede seguir siendo considerado idóneo ni puede ser designado para ejercer la función de profesor de teología católica.

Esta decisión ha sido presentada al Santo Padre en una audiencia concedida al suscrito cardenal Prefecto el 10 de julio el presente año y ha sido aprobada por él en lo que se refiere al contenido y en lo que se refiere al procedimiento seguido.

Este dicasterio desea, por tanto, informarle que tal decisión se hará pública tan pronto como usted reciba comunicación de la misma.

Quisiera, finalmente, expresarle la sincera esperanza de que esta desagradable pero necesaria conclusión del examen de la Congregación pueda inducirle a revisar sus posiciones de disenso y a aceptar la enseñanza de la Iglesia católica en su integridad.

Devotísimo en Cristo.

Cardenal Joseph RATZINGER,
Prefecto

Alberto BOVONE,
Secretario

**DECLARACION DE
MONS. JAMES A. HICKEY,
ARZOBISPO DE WASHINGTON
Y GRAN CANCELLER DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE
AMERICA**

Estoy autorizado a hacer pública hoy la carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe con la que que comunica su decisión final acerca del caso del rvd. p. Charles Curran, profesor de teología moral en la Universidad Católica de América. La Congregación ha comprobado que un cierto número de escritos del rvd. Curran están en grave desacuerdo con la auténtica enseñanza de la Iglesia católica. Por esta razón, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha declarado que el rvd. Curran "no puede seguir siendo considerado idóneo ni puede ser designado para ejercer la función de profesor de teología católica". Este juicio ha sido aprobado por el Santo Padre Juan Pablo II.

Yo apoyo plenamente este juicio de la Santa Sede. El Santo Padre y los obispos tienen el derecho y el deber de asegurar que todo lo que se enseña en nombre de la Iglesia sea totalmente fiel a su completa y auténtica enseñanza. Los fieles tienen derecho a la sana doctrina, y los profesores encargados oficialmente por la Iglesia tienen una responsabilidad particular de honrar tal derecho. Teniendo en cuenta la declaración de la Santa Sede y en conformidad con los estatutos de la Universidad Católica, he iniciado el expediente para retirar al rvd. Curran la autorización eclesiástica para enseñar la teología

católica. El rvd. Curran podrá gozar del derecho a un adecuado proceso según se prevé en los estatutos.

La declaración de la Santa Sede viene después de una larga correspondencia que la Congregación para la Doctrina de la Fe inició con el rvd. Curran en 1979 acerca de ciertos errores y ambigüedades presentes en sus escritos de teología moral publicados. La Congregación pidió al rvd. Curran que respondiese a sus observaciones, y luego le pidió que revisase las propias posiciones que disienten de la enseñanza auténtica de la Iglesia. El rvd. Curran ha entregado esta correspondencia a la prensa hace algunos meses.

En 1980, cuando fui nombrado arzobispo de Washington y "ex-officio" canciller de la Universidad Católica, el intercambio de cartas entre la Congregación para la Doctrina de la Fe y el rvd. Curran se había realizado ya. Como canciller he tratado de facilitar tal procedimiento. Cuando la situación lo pedía, me he entrevistado con el rvd. Curran y con los oficiales de la Universidad Católica y de la Santa Sede. El año pasado, cuando el caso llegó a la fase final, el cardenal Bernardin, presi-

dente del consejo de la Universidad Católica, y yo, nos reunimos con el rvd. Curran cuatro veces para discutir sus opiniones disidentes, con referencia a su encargo oficial de enseñar la teología católica.

En la carta al rvd. Curran, la Congregación pone de relieve que las enseñanzas auténticas de la Iglesia, enunciadas por el Santo Padre y por los obispos en comunión con él, aunque no estén definadas solemnemente, exigen una religiosa sumisión de la inteligencia y de la voluntad. La infalible enseñanza de la Iglesia no subsiste por sí sola, sino que está en íntima relación con toda la enseñanza oficial de la Iglesia, y juntas forman una unidad orgánica de fe.

Si bien esta decisión es ciertamente penosa para el rvd. Curran, mi esperanza es que su amor a la Iglesia lo ayudará a revisar las opiniones que disiente y a aceptar la guía del Magisterio. Al mismo tiempo ruego para que todos nosotros podamos crecer en la estima de esa verdad y de esa fuerza del Evangelio, con la cual ha dotado el Señor a su Iglesia.

Washington, 18 de agosto de 1986.

NOTIFICACION RELATIVA A UN LIBRO DEL PADRE EDWARD SCHILLEBEECKX, o.p.

Tras haber examinado el libro "Pleidooi voor Mensen in de Kerk. Christelijke Identiteit en Ambten in de Kerk" del profesor Edward Schillebeeckx, o.p., la Congregación para la Doctrina de la Fe considera necesario publicar la siguiente Notificación:

1. El profesor Edward Schillebeeckx, o.p., publicó en 1979 y 1980 dos estudios sobre el ministerio en la Iglesia: una contribución al volumen colectivo *Basis en Ambt* (Nelissen, Bloemendaal, 1979 págs. 43-90) y posteriormente un libro titulado *Kerkelijk Ambt* (el mismo editor, 1980). En esos dos escritos, juzgaba que había establecido la "posibilidad dogmática" de un "ministro extraordinario" de la Eucaristía, en el sentido de que las comunidades cristianas que no tuvieran sacerdotes podrían elegir en su seno un presidente que estaría por ellos plenamente habilitado para presidir la vida de dichas comunidades y consiguientemente para consagrar en ellas la Eucaristía, aunque no hubiera recibido la ordenación sacramental dentro de la sucesión apostólica.

2. El 13 de junio de 1984, la Congregación para la Doctrina de la Fe dirigió al profesor Schillebeeckx una carta en la que le hacía saber que las posturas sobre el ministerio por él expuestas en los dos estudios en cuestión no eran conciliables con la doctrina de la Iglesia, recordada de forma autorizada por la Carta *Sacerdotium Ministeriale* de 6 de agosto de 1983 (cf. *AAS* 75/2, 183, 1003-1009). La Congregación notificaba, en consecuencia, al profesor Schillebeeckx que su postura sobre el "ministro extraordinario" de la Eucaristía no podía ser considerada como una "cuestión libre" y le pedía aceptar públicamente la doctrina de la Iglesia sobre este punto, mediante la manifestación de su adhesión personal al contenido del documento.

3. En su respuesta del 5 de octubre de 1984, el profesor Schillebeeckx anunciaba la próxima aparición de un nuevo libro sobre la cuestión; aseguraba que dicho libro no contendría nada en contradicción con la Carta *Sacerdotium Ministeriale*, que en él no se hablaría de un "ministro extraordinario" de la Eucaristía y en fin que, para evitar cualquier mal entendido se analizaría más ampliamente el tema de la sucesión apostólica.

4. Al publicar —junto con su propia carta— el parágrafo esencial de esta respuesta (cf. *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 24 de marzo de 1985, pág. 6), la Congregación para la Doctrina de la Fe indicaba que se reservaba dar a conocer ulteriormente su juicio sobre la obra anunciada y que apareció poco después con el título *Pleidooi voor Mensen in de Kerk* (Nelissen, Baarn, 1985).

5. A propósito de este libro, la Congregación se cree en el deber de hacer ahora las siguientes observaciones, por lo que se refiere a la cuestión del ministerio:

a) La cuestión del "ministro extraordinario" de la Eucaristía no se aborda, efectivamente, en el libro. Con todo, aunque la Carta *Sacerdotium Ministeriale* no es objeto de un rechazo formal, tampoco es objeto de una declaración de adhesión, sino más bien de un análisis crítico:

b) Sobre el problema de fondo, hay que constatar con pesar que el autor continúa concibiendo y presentando la apostolicidad de la Iglesia de forma tal que la sucesión apostólica por ordenación sacramental representa un dato *no esencial* para el ejercicio del ministerio y, por consiguiente, para la colación del poder de consagrar la Eucaristía, lo cual se opone a la doctrina de la Iglesia.

c) En relación con el método que se sigue en la obra, y particularmente en relación con el recurso a los argumentos históricos sacados de la Escritura, bastará recordar aquí la enseñanza de la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (n. 12, par. 3), según la cual, tras haber aplicado con atención todos los recursos de la exégesis y de la historia, "para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe. A los exegetas toca aplicar estas normas en su trabajo para ir penetrando y exponiendo el sentido de la Sagrada Escritura, de modo que con dicho estudio pueda madurar el juicio de la Iglesia. Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios".

6. Por estas razones, la Congregación para la Doctrina de la Fe se ve obligada a concluir que la concepción sobre el ministerio tal como la expone el profesor Schillebeeckx sigue estando en desacuerdo con la enseñanza de la Iglesia en puntos importantes. Su misión ante los fieles la obliga pues, a hacer público este juicio. Durante una audiencia concedida al Prefecto abajo firmante, Su Santidad el Papa Juan Pablo II ha aprobado esta Notificación decidida en reunión ordinaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe y ha ordenado su publicación.

Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 15 de septiembre de 1986.

Cardenal Joseph RATZINGER,
Prefecto de la Congregación
para la doctrina de la Fe

Alberto BOVONE,
Arzobispo, secretario

CARTA SOBRE ATENCION PASTORAL A LAS PERSONAS HOMOSEXUALES

1. El problema de la homosexualidad y del juicio ético sobre los actos homosexuales se ha convertido cada vez más en objeto de debate público, incluso en ambientes católicos. En esta discusión frecuentemente se proponen argumentaciones y se expresan posiciones no conformes con la enseñanza de la Iglesia católica, que suscitan una justa preocupación en todos aquellos que están comprometidos en el ministerio pastoral. Por consiguiente, esta Congregación ha considerado el problema tan grave y difundido, que justifica la presente carta, dirigida a todos los obispos de la Iglesia católica, sobre la atención pastoral a las personas homosexuales.

2. En esta sede, naturalmente, no se puede afrontar un desarrollo exhaustivo de tan complejo problema; la atención se concentrará más bien en el contexto específico de la perspectiva moral católica. Esta encuentra apoyo también en resultados seguros de las ciencias humanas, las cuales, a su vez, tienen un objeto y un método propio, que gozan de legítima autonomía.

La posición de la moral católica está fundada sobre la razón humana iluminada por la fe y guiada conscientemente por el intento de hacer la voluntad de Dios, nuestro Padre. De este modo la Iglesia está en condición no sólo de poder aprender de los descubrimientos científicos, sino también de trascender su horizonte; ella está segura de que su visión más completa respeta la compleja realidad de la persona humana que, en sus dimensiones espiritual y corpórea, ha sido creada por Dios y, por su gracia, llamada a ser heredera de la vida eterna.

Sólo dentro de este contexto, por consiguiente, se puede comprender con claridad en qué sentido el fenómeno de la homosexualidad, con sus múltiples dimensiones y con sus efectos sobre la sociedad y sobre la vida eclesial, es un problema que concierne propiamente a la preocupación pastoral de la Iglesia. Por lo tanto se requiere de sus ministros un estudio atento, un compromiso concreto y una reflexión honesta, teológicamente equilibrada.

3. En la "Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual" del 29 de diciembre de 1975, la Congregación para la Doctrina de la Fe ya había tratado explícitamente este problema. En aquella Declaración se subrayaba el deber de tratar de comprender la condición homosexual y se observaba cómo la culpabilidad de los actos homosexuales debía ser juzgada con prudencia. Al mismo tiempo la Congregación tenía en cuenta la distinción comúnmente hecha entre condición o tendencia homosexual y actos homosexuales. Estos últimos eran descritos como actos que están privados de su finalidad esencial e indispensable, como "intrínsecamente desordenados" y que en ningún caso pueden recibir aprobación (cf. n. 8, par. 4).

Sin embargo, en la discusión que siguió a la publicación de la Declaración, se propusieron unas interpretaciones, excesivamente benévolas de la condición homosexual misma, hasta el punto que alguno se atrevió incluso a definirla indiferente o, sin más, buena. Es necesario precisar, por el contrario, que la particular inclinación de la persona homosexual, aunque en sí no

sea pecado, constituye sin embargo una tendencia, más o menos fuerte, hacia un comportamiento intrínsecamente malo desde el punto de vista moral. Por este motivo la inclinación misma debe ser considerada como objetivamente desordenada.

Quienes se encuentran en esta condición deben, por tanto, ser objeto de una particular solicitud pastoral, para que no lleguen a creer que la realización concreta de tal tendencia en las relaciones homosexuales es una opción moralmente aceptable.

4. Una de las dimensiones esenciales de una auténtica atención pastoral es la identificación de las causas que han creado confusión en relación con la enseñanza de la Iglesia. Entre ellas se señala una nueva exégesis de la Sagrada Escritura, según la cual la Biblia o no tendría nada que decir sobre el problema de la homosexualidad, o incluso le daría en algún modo una tácita aprobación, o en fin ofrecería unas prescripciones morales tan condicionadas cultural e históricamente que ya no podrían ser aplicadas a la vida contemporánea. Tales opiniones, gravemente erróneas y desorientadoras, requieren por consiguiente una especial vigilancia.

5. Es cierto que la literatura bíblica debe a las varias épocas en las que fue escrita gran parte de sus modelos del pensamiento y de expresión (cf. *Dei Verbum*, n. 12). En verdad, la Iglesia de hoy proclama el Evangelio a un mundo que es muy diferente al antiguo. Por otra parte el mundo en el que fue escrito el Nuevo Testamento estaba ya notablemente cambiado, por ejemplo, respecto a la situación en la que se escribieron o se redactaron las Sagradas Escrituras del pueblo hebreo.

Sin embargo, se debe destacar que, aun en el contexto de esa notable

diversidad, existe una evidente coherencia dentro de las Escrituras mismas sobre el comportamiento homosexual. Por consiguiente la doctrina de la Iglesia sobre este punto no se basa solamente en frases aisladas, de las que se puedan sacar discutibles argumentaciones teológicas, sino más bien en el sólido fundamento de un constante testimonio bíblico. La actual comunidad de fe, en ininterrumpida continuidad con las comunidades judías y cristianas dentro de las cuales fueron redactadas las antiguas Escrituras, sigue siendo alimentada por esas mismas Escrituras y por el Espíritu de verdad del cual ellas son Palabra. Asimismo es esencial reconocer que los textos sagrados no son comprendidos realmente cuando se interpretan de un modo que contradice la Tradición viva de la Iglesia. La interpretación de la Escritura, para ser correcta, debe estar en efectivo acuerdo con esta Tradición.

El Concilio Vaticano II se expresa al respecto de la siguiente manera: "Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tienen consistencia el uno sin los otros, y que juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas" (*Dei Verbum*, n. 10). A la luz de estas afirmaciones se traza ahora brevemente la enseñanza bíblica al respecto.

6. La teología de la creación, presente en el libro del Génesis, suministra el punto de vista fundamental para la comprensión adecuada de los problemas puestos por la homosexualidad. Dios, en su infinita sabiduría y en su amor omnipotente, llama a la existencia a toda la creación como reflejo de su bondad.

Crea al hombre a su imagen y semejanza como varón y hembra. Los seres humanos, por consiguiente, son creaturas de Dios, llamadas a reflejar, en la complementariedad de los sexos, la unidad interna del Creador. Ellos realizan esta tarea de manera singular, cuando cooperan con El en la transmisión de la vida, mediante la recíproca donación esponsal.

El capítulo tercero del Génesis muestra cómo esta verdad sobre la persona humana, en cuanto imagen de Dios, se oscureció por el pecado original. De allí se sigue inevitablemente una pérdida de la conciencia del carácter de alianza que tenía la unión de las personas humanas con Dios y entre sí. Aunque el cuerpo humano conserve aún su "significado nupcial" éste ahora se encuentra oscurecido por el pecado. Así el deterioro debido al pecado continúa desarrollándose en la historia de los hombres de Sodoma (cf. *Génesis* 19, 1-11). No puede haber duda acerca del juicio moral expresado allí contra las relaciones homosexuales. En el *Levítico* 18, 22 y 20, 13, cuando se indican las condiciones necesarias para pertenecer al pueblo elegido, el autor excluye del Pueblo de Dios a quienes tienen un comportamiento homosexual.

Teniendo como telón de fondo esta legislación teocrática, San Pablo desarrolla una perspectiva escatológica, dentro de la cual propone de nuevo la misma doctrina, catalogando también a quien obra como homosexual entre aquellos que no entrarán en el reino de Dios (cf. *1 Cor* 6, 9). En otro pasaje de su epistolario, fundándose en las tradiciones morales de sus antepasados, pero colocándose en el nuevo contexto de la confrontación entre el cristianismo y la sociedad pagana de su tiempo, presenta el comportamiento homosexual como un ejem-

plo de la ceguera en la que ha caído la humanidad. Suplantando la armonía originaria entre el Creador y las creaturas, la grave desviación de la idolatría ha conducido a toda suerte de excesos en el campo moral. San Pablo encuentra el ejemplo más claro de esta desavenencia precisamente en las relaciones homosexuales (cf. *Rom* 1, 18-32). En fin, en continuidad perfecta con la enseñanza bíblica, en el catálogo de aquellos que obran en forma contraria a la sana doctrina, se mencionan explícitamente como pecadores los que efectúan actos homosexuales (cf. *1 Tim* 1, 10).

7. La Iglesia, obediente al Señor que la ha fundado y la ha enriquecido con el don de la vida sacramental, celebra en el sacramento del matrimonio el designio divino de la unión del hombre y de la mujer, unión de amor y capaz de dar vida. Sólo en la relación conyugal puede ser moralmente recto el uso de la facultad sexual. Por consiguiente, una persona que se comporta de manera homosexual obra inmoralmente.

Optar por una actividad sexual con una persona del mismo sexo equivale a anular el rico simbolismo y el significado, para no hablar de los fines, del designio del Creador en relación con la realidad sexual. La actividad homosexual no expresa una unión complementaria, capaz de transmitir la vida, y por lo tanto contradice la vocación a una existencia vivida en esa forma de auto-donación que, según el Evangelio, es la esencia misma de la vida cristiana. Esto no significa que las personas homosexuales no sean a menudo generosas y no se donen a sí mismas, pero cuando se empeñan en una actividad homosexual, refuerzan dentro de ellas una inclinación sexual desordenada, en sí misma caracterizada por la auto-complacencia.

Como sucede en cualquier otro desorden moral, la actividad homosexual impide la propia realización y felicidad porque es contraria a la sabiduría creadora de Dios. La Iglesia, cuando rechaza las doctrinas erróneas en relación con la homosexualidad, no limita sino que más bien defiende la libertad y la dignidad de la persona, entendidas de modo realístico y auténtico.

8. La enseñanza de la Iglesia de hoy se encuentra, pues, en continuidad orgánica con la visión de la Sagrada Escritura y con la constante tradición. Aunque el mundo de hoy desde muchos puntos de vista verdaderamente ha cambiado, la comunidad cristiana es consciente del lazo profundo y duradero que la une a las generaciones que la han precedido "en el signo de la fe".

Sin embargo, en la actualidad un número cada vez mayor de personas, aun dentro de la Iglesia, ejercen una fortísima presión para llevarla a aceptar la condición homosexual, como si no fuera desordenada, y a legitimar los actos homosexuales. Quienes dentro de la comunidad de fe incitan en esta dirección tienen a menudo estrechos vínculos con los que obran fuera de ella. Ahora bien, estos grupos externos se mueven por una visión opuesta a la verdad sobre la persona humana, que nos ha sido plenamente revelada en el misterio de Cristo. Aunque no en un modo plenamente consciente, manifiestan una ideología materialista que niega la naturaleza trascendente de la persona humana, como también la vocación sobrenatural de todo individuo.

Los ministros de la Iglesia deben procurar que las personas homosexuales confiadas a su cuidado no se desvíen por estas opiniones, tan profundamente opuestas a la enseñanza de la Iglesia. Sin embargo el riesgo es

grande y hay muchos que tratan de crear confusión en relación con la posición de la Iglesia y de aprovechar esta confusión para sus propios fines.

9. Dentro de la Iglesia se ha formado también una tendencia, constituida por los grupos de presión con diversos nombres y diversa amplitud, que intenta acreditarse como representante de todas las personas homosexuales que son católicas. Pero el hecho es que sus seguidores, generalmente, son personas que, o ignoran la enseñanza de la Iglesia, o buscan subvertirla de alguna manera. Se trata de mantener bajo el amparo del catolicismo a personas homosexuales que no tienen intención alguna de abandonar su comportamiento homosexual. Una de las tácticas utilizadas es la de afirmar, en tono de protesta, que cualquier crítica, o reserva en relación con las personas homosexuales, con su actividad y con su estilo de vida, constituye simplemente una forma de injusta discriminación.

En algunas naciones se realiza, por consiguiente, un verdadero y propio tentativo de manipular a la Iglesia conquistando el apoyo de sus Pastores, frecuentemente de buena fe, en el esfuerzo de cambiar las normas de la legislación civil. El fin de tal acción consiste en conformar esta legislación con la concepción propia de estos grupos de presión, para quienes la homosexualidad es, si no totalmente buena, al menos una realidad perfectamente inocua. Aunque la práctica de la homosexualidad amenaza seriamente la vida y el bienestar de un gran número de personas, los partidarios de esta tendencia no desisten de sus acciones y se niegan a tomar en consideración las proporciones del riesgo allí implicado.

La Iglesia no puede dejar de preocuparse de todo esto y por consiguiente mantiene firme su clara posi-

ción al respecto, que no puede ser modificada por la presión de la legislación civil o de la moda del momento. Ella se preocupa sinceramente también de muchísimas personas que no se sienten representadas por los movimientos pro-homosexuales y de aquellos que podrían estar tentados a creer en su engañosa propaganda. La Iglesia es consciente de que la opinión, según la cual la actividad homosexual sería equivalente, o por lo menos igualmente aceptable, a la expresión sexual del amor conyugal, tiene una incidencia directa sobre la concepción que la sociedad tiene acerca de la naturaleza y de los derechos de la familia, poniéndolos seriamente en peligro.

10. Es de deplorar con firmeza que las personas homosexuales hayan sido y sean todavía objeto de expresiones malévolas y de acciones violentas. Tales comportamientos merecen la condena de los Pastores de la Iglesia, dondequiera que se verifiquen. Revelan una falta de respeto por los demás, que lesiona unos principios elementales sobre los que se basa una sana convivencia civil. La dignidad propia de toda persona siempre debe ser respetada en las palabras, en las acciones y en las legislaciones.

Sin embargo, la justa reacción a las injusticias cometidas contra las personas homosexuales de ningún modo puede llevar a la afirmación de que la condición homosexual no sea desordenada. Cuando tal afirmación se acoge y, por consiguiente, la actividad homosexual se acepta como buena, o también cuando se introduce una legislación civil para proteger un comportamiento al cual nadie puede reivindicar derecho alguno, ni la Iglesia, ni la sociedad en su conjunto debería luego sorprenderse de que también ganen terreno otras opiniones y prácticas desviadas y aumenten los comportamientos irracionales y vio-

lentos.

11. Algunos sostienen que la tendencia homosexual, en ciertos casos, no es el resultado de una elección deliberada y que la persona homosexual no tiene alternativa, sino que está forzada a comportarse de una manera homosexual. Como consecuencia se afirma que ella, no siendo verdaderamente libre, obraría sin culpa en estos casos.

Al respecto es necesario volver a referirse a la sabia tradición moral de la Iglesia, la cual pone en guardia contra generalizaciones en el juicio de los casos particulares. De hecho en un caso determinado pueden haber existido en el pasado o pueden todavía subsistir circunstancias tales que reducen y hasta quitan la culpabilidad del individuo; otras circunstancias, por el contrario, pueden aumentarla. De todos modos se debe evitar la presunción infundada y humillante de que el comportamiento homosexual de las personas homosexuales esté siempre y totalmente sujeto a coacción y por consiguiente sin culpa. En realidad también en las personas con tendencia homosexual se debe reconocer aquella libertad fundamental que caracteriza a la persona humana y le confiere su particular dignidad. Como en toda conversión del mal, gracias a esta libertad, el esfuerzo humano, iluminado y sostenido por la gracia de Dios, podrá permitirles evitar la actividad homosexual.

12. ¿Qué debe hacer entonces una persona homosexual que busca seguir al Señor? Sustancialmente, estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, uniendo al sacrificio de la cruz del Señor todo sufrimiento y dificultad que puedan experimentar a causa de su condición. Para el creyente la cruz es un sacrificio fructuoso, puesto que de esa muerte provienen la vida y la redención. Aun si toda invitación a llevar la cruz o

a entender de este modo el sufrimiento del cristiano será presumiblemente objeto de mofa por parte de algunos, se deberá recordar que ésta es la vía de la salvación para todos aquellos que son seguidores de Cristo.

Esto no es otra cosa, en realidad, que la enseñanza del Apóstol Pablo a los Gálatas, cuando dice que el Espíritu produce en la vida del creyente: "amor, gozo, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí" y aún más: "No podéis pertenecer a Cristo sin crucificar la carne con sus pasiones y sus deseos" (Gál 5, 22. 24).

Esta invitación, sin embargo, se interpreta mal cuando se la considera solamente como un inútil esfuerzo de auto-renuncia. La cruz constituye ciertamente una renuncia de sí, pero en el abandono a la voluntad de aquel Dios que de la muerte hace brotar la vida y capacita a aquellos que ponen su confianza en El para que puedan practicar la virtud en cambio del vicio.

El Misterio Pascual se celebra verdaderamente sólo si se deja que empape el tejido de la vida cotidiana. Rechazar el sacrificio de la propia voluntad en la obediencia a la voluntad del Señor constituye de hecho poner un obstáculo a la salvación. Así como la Cruz es el centro de la manifestación del amor redentor de Dios por nosotros en Jesús, así la conformidad de la auto-renuncia de los hombres y de las mujeres homosexuales con el sacrificio del Señor constituirá para ellos una fuente de auto-donación que los salvará de una forma de vida que amenaza continuamente con destruirlos.

Las personas homosexuales, como los demás cristianos, están llamados a vivir la castidad. Si se dedican con asiduidad a comprender la naturaleza de la llamada personal de Dios respecto a ellas; estarán en condición de

celebrar más fielmente el sacramento de la Penitencia y de recibir la gracia del Señor, que se ofrece generosamente en este sacramento para poderse convertir más plenamente caminando en el seguimiento de Cristo.

13. Es evidente, además, que una clara y eficaz transmisión de la doctrina de la Iglesia a todos los fieles y a la sociedad en su conjunto depende en gran parte de la correcta enseñanza y de la fidelidad de quien ejerce el ministerio pastoral. Los obispos tienen la responsabilidad particularmente grave de preocuparse de que sus colaboradores en el ministerio, y sobre todo los sacerdotes, estén rectamente informados y personalmente bien dispuestos para comunicar a todos la doctrina de la Iglesia en su integridad.

Es admirable la particular solicitud la buena voluntad que demuestran, muchos sacerdotes y religiosos en la atención pastoral a las personas homosexuales, y esta Congregación espera que no disminuirá. Estos celosos ministros deben tener la certeza de que están cumpliendo fielmente la voluntad del Señor cuando estimulan a la persona homosexual a conducir una vida casta y le recuerdan la dignidad incomparable que Dios le ha dado también a ella.

14. Al hacer las anteriores consideraciones, esta Congregación quiere pedir a los obispos que estén particularmente vigilantes en relación con aquellos programas que de hecho intentan ejercer una presión sobre la Iglesia para que cambie su doctrina, aunque a veces se niegue de palabra que sea así. Un estudio atento de las declaraciones públicas y de las actividades que promueven esos programas revela una calculada ambigüedad, a través de la cual buscan confundir a los Pastores y a los fieles. Presentan a veces, por ejemplo, la enseñanza del magisterio, pero sólo como una fuente facultativa en or-

den a la formación de la conciencia, sin reconocer su peculiar autoridad. Algunos grupos suelen incluso calificar como "católicos" a sus organizaciones o a las personas a quienes intentan dirigirse, pero en realidad no defienden ni promueven la enseñanza del Magisterio, por el contrario, a veces lo atacan abiertamente. Aunque sus miembros reivindiquen que quieren conformar su vida con la enseñanza de Jesús, de hecho abandonan la enseñanza de su Iglesia. Este comportamiento contradictorio de ninguna manera puede tener el apoyo de los obispos.

15. Esta Congregación, por consiguiente, anima a los obispos para que promuevan en sus diócesis una pastoral que, en relación con las personas homosexuales, esté plenamente de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia. Ningún programa pastoral auténtico podrá incluir organizaciones en las que se asocien entre sí personas homosexuales, sin que se establezca claramente que la actividad homosexual es inmoral. Una actitud verdaderamente pastoral comprenderá la necesidad de evitar las ocasiones próximas de pecado a las personas homosexuales.

Deben ser estimulados aquellos programas en los que se evitan estos peligros. Pero se debe dejar bien claro que todo alejamiento de la enseñanza de la Iglesia, o el silencio acerca de ella, so pretexto de ofrecer un cuidado pastoral, no constituye una forma de auténtica atención ni de pastoral válida. Sólo lo que es verdadero puede finalmente ser también pastoral. Cuando no se tiene presente la posición de la Iglesia se impide que los hombres y las mujeres homosexuales reciban aquella atención que necesitan y a la que tienen derecho.

Un auténtico programa pastoral ayudará a las personas homosexuales

en todos los niveles de su vida espiritual, mediante los sacramentos y en particular a través de la frecuente y sincera confesión sacramental, mediante la oración, el testimonio, el consejo y la atención individual. De este modo la entera comunidad cristiana puede llegar a reconocer su vocación a asistir a estos hermanos y hermanas, evitándoles ya sea la desilusión, ya sea el aislamiento.

16. De esta aproximación diversificada se pueden derivar muchas ventajas, entre las cuales es ciertamente importante la constatación de que una persona homosexual, como por lo demás todo ser humano, tiene una profunda exigencia de ser ayudada contemporáneamente a distintos niveles.

La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, no puede ser definida de manera adecuada con una referencia reductiva sólo a su orientación sexual. Cualquier persona que viva sobre la faz de la tierra tiene problemas y dificultades personales, pero también tiene oportunidades de crecimiento, recursos, talentos y dones propios. La Iglesia ofrece para la atención a la persona humana ese contexto del que hoy se siente una extrema exigencia, precisamente cuando rechaza el que se considere la persona simplemente como un "heterosexual" o un "homosexual" y cuando subraya que todos tienen la misma identidad fundamental: el ser creatura y, por gracia, hijo de Dios, heredero de la vida eterna.

17. Ofreciendo estas clarificaciones y orientaciones pastorales a la atención de los obispos, esta Congregación desea contribuir a sus esfuerzos en relación a asegurar que la enseñanza del Señor y de su Iglesia sobre este importante tema sea transmitida de manera íntegra a todos los fieles.

A la luz de cuanto se ha expuesto ahora, se invita a los ordinarios del lugar a valorar, en el ámbito de su com-

petencia, la necesidad de particulares intervenciones. Además, si se retiene útil, se podrá recurrir a una ulterior acción coordinada a nivel de las Conferencias Episcopales nacionales.

En particular, los obispos deben procurar sostener con los medios a su disposición el desarrollo de formas especializadas de atención pastoral para las personas homosexuales. Esto podría incluir la colaboración de las ciencias psicológicas, sociológicas y médicas, manteniéndose siempre en plena fidelidad con la doctrina de la Iglesia.

Los obispos, sobre todo, no dejarán de solicitar la colaboración de todos los teólogos católicos para que éstos, enseñando lo que la Iglesia enseña y profundizando con sus reflexiones el significado auténtico de la sexualidad humana y del matrimonio cristiano en el plan divino, como también de las virtudes que éste comporta, puedan ofrecer una válida ayuda en este campo específico de la actividad pastoral.

Particular atención deberán tener, pues, los obispos en la selección de los ministros encargados de esta delicada tarea, de tal modo que éstos, por su fidelidad al magisterio y por su elevado grado de madurez espiritual y psicológica, puedan prestar una ayuda efectiva a las personas homosexuales en la consecución de su bien integral. Estos ministros deberán rechazar las opiniones teológicas que son contrarias a la enseñanza de la Iglesia y que, por lo tanto, no pueden servir de normas en el campo pastoral.

Será conveniente además promover programas apropiados de catequesis, fundados sobre la verdad concerniente a la sexualidad humana, en su relación con la vida de la familia, tal como es enseñada por la Iglesia. Tales programas, en efecto, suministrarán un óptimo contexto, dentro

del cual se puede tratar también la cuestión de la homosexualidad.

Esta catequesis podrá ayudar asimismo a las familias, en las que se encuentran personas homosexuales, a afrontar un problema que les toca tan profundamente.

Se deberá retirar todo apoyo a cualquier organización que busque subvertir la enseñanza de la Iglesia, que sea ambigua respecto a ella o que la descuide completamente. Un apoyo en este sentido, o aun su apariencia, puede dar origen a graves malentendidos. Una especial atención se deberá tener en la práctica de la programación de celebraciones religiosas o en el uso de edificios pertenecientes a la Iglesia por parte de estos grupos, incluida la posibilidad de disponer de las escuelas y de los institutos católicos de estudios superiores. El permiso para hacer uso de una propiedad de la Iglesia les puede parecer a algunos solamente un gesto de justicia y caridad, pero en realidad constituye una contradicción con las finalidades mismas para las cuales estas instituciones fueron fundadas y puede ser fuente de malentendidos y de escándalo.

Al evaluar eventuales proyectos legislativos, se deberá poner en primer plano el empeño de defender y promover la vida de la familia.

18. El Señor Jesús ha dicho: "Vosotros conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8, 32). La Escritura nos manda realizar la verdad en la caridad (cf. Ef 4, 15). Dios que es a la vez Verdad y Amor llama a la Iglesia a ponerse al servicio de todo hombre, mujer y niño con la solicitud pastoral del Señor misericordioso. Con este espíritu la Congregación para la Doctrina de la Fe ha dirigido esta Carta a ustedes, obispos de la Iglesia, con la esperanza de que les sirva de ayuda en la atención pastoral a personas, cuyos sufrimientos pueden ser agravados por doctrinas erróneas y ser

aliviados en cambio por la palabra de la verdad.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en el transcurso de la audiencia concedida al Prefecto que suscribe, ha aprobado la presente Carta acordada en la reunión ordinaria de esta Congregación y ha ordenado su publicación.

Roma, en la sede de la Congregación

para la Doctrina de la Fe, 1 de octubre de 1986.

Cardenal Joseph RATZINGER,
Prefecto

Alberto BOVONE,
arzobispo titular de
Cesarea di Numidia,
Secretario

PONTIFICIA COMISION "IUSTITIA ET PAX"

AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD HUMANA: UNA CONSIDERACION ETICA DE LA DEUDA INTERNACIONAL

Este documento de la Pontificia Comisión Iustitia et Pax, titulado "Al servicio de la comunidad humana: una consideración ética de la deuda internacional", lleva fecha del 27 de diciembre de 1986 y se ha hecho público el 27 de enero de 1987. Fue presentado en la Sala de Prensa de la Santa Sede por el Presidente de la Pontificia Comisión Iustitia et Pax, cardenal Roger Etchegaray; por el vicepresidente, mons. Jorge María Mejía, obispo titular de Apollonia; y por mons. Roland Minnerath, del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia. El cardenal Etchegaray explicó el por qué de este documento y habló de sus destinatarios, dando una serie de claves para la lectura del mismo. El vicepresidente se refirió al "contexto magisterial" en el que se inserta el documento: recordó que parte de la Encíclica *Populorum progressio*, publicada por Pablo VI el 26 de marzo de 1967, que tendrá pronto 20 años. A esta Encíclica hay que añadir la Carta Octogesima adveniens de Pablo VI, dirigida con fecha 14 de mayo de 1971, al entonces Presidente de la Pontificia Comisión Iustitia et Pax, cardenal Maurice Roy, y la Encíclica *Laborem exercens*, publicada por Juan Pablo II con fecha 14 de septiembre de 1981, así como la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sobre Libertad cristiana y liberación, que se cita varias veces en el documento; hay que tener también en cuenta algunos importantes discursos de Juan Pablo II sobre temas sociales o referentes al desarrollo y la paz. El cardenal Etchegaray, mons. Mejía y mons. Minnerath, respondiendo a las preguntas de los periodistas, refirieron que el documento ha sido preparado por un grupo internacional de expertos que han trabajado a lo largo de un año. Han sido consultados varios obispos del Tercer Mundo y especialistas de diferentes áreas y sectores. Va dirigido a todos los hombres de buena voluntad, sobre todo a aquellos que tienen la responsabilidad de afrontar las cuestiones relacionadas con la deuda internacional. Ha sido enviado a los Representantes Pontificios para que lo entreguen a las Conferencias Episcopales de todo el mundo y lo hagan llegar a estadistas, políticos, economistas y otras personas del ámbito civil interesadas en la materia.

SUMARIO

INTRODUCCION

- I. Principios éticos
- II. Atender a las urgencias
- III. Asumir solidariamente las responsabilidades del futuro
 - III.1. Responsabilidades de los países industrializados
 - III.2. Responsabilidades de los países en desarrollo
 - III.3. Responsabilidad de los acreedores respecto de los deudores
 - III.4. Responsabilidad de las organizaciones financieras multilaterales.

UNA PROPUESTA FINAL

PRESENTACION

Desde hace algunos años, el fenómeno de la deuda internacional se ha agravado con una tal agudeza que, por sus proporciones y sus riesgos, ha puesto a la comunidad internacional ante nuevos desafíos.

Se trata de un fenómeno cuyas causas lejanas se remontan a los tiempos cuando las perspectivas generalizadas de crecimiento incitaban a los países en desarrollo a atraer capitales, y a los bancos comerciales a conceder créditos para financiar inversiones fructuosas, así como los efectos de los programas de crecimiento demasiado ambiciosos, han contribuido a poner a los países en desarrollo en una situación de endeudamiento masivo. Al mismo tiempo, los países industrializados tomaban medidas proteccionistas, mientras aumentaban las tasas de interés mundiales. Los países deudores se fueron volviendo progresivamente incapaces de pagar ni siquiera los intereses de sus deudas.

En 1974 el primer "choc petrolero", luego el segundo en 1979, la caída de los precios de las materias primas y el flujo de los petrodólares en búsqueda de inversiones fructuosas, así como los efectos de los programas de crecimiento demasiado ambiciosos, han contribuido a poner a los países en desarrollo en una situación de endeudamiento masivo. Al mismo tiempo, los países industrializados tomaban medidas proteccionistas, mientras aumentaban las tasas de interés mundiales. Los países deudores se fueron volviendo progresivamente incapaces de pagar ni siquiera los intereses de sus deudas.

Desde hace tres o cuatro años, la acumulación de los términos de pago ha alcanzado un nivel tal que muchos países no están más en condiciones de respetar sus contratos y se ven obligados a solicitar nuevos préstamos, entrando así en un engranaje del que se ha vuelto muy difícil prever la salida.

En efecto, los países deudores se encuentran en una especie de círculo vicioso: para poder reembolsar sus deudas, están condenados a transferir al exterior, en medida siempre creciente, los recursos que deberían ser disponibles para sus consumos y sus inversiones internas, y por lo tanto, para su desarrollo.

El fenómeno del endeudamiento pone de relieve la interdependencia creciente de las economías cuyos mecanismos —flujo de capitales e intercambios comerciales— son sometidos a nuevas limitaciones. De este modo, factores externos pesan sobre la evolución de la deuda en los países en desarrollo. En particular, las tasas de cambio flotantes e inestables, las variaciones de las tasas de interés y la tentación de los países industriales de mantener las medidas proteccionistas crean para los países deudores un ambiente siempre más desfavorable en el que se encuentran cada vez más indefensos.

Los esfuerzos impuestos por los organismos de crédito a cambio de una mayor

ayuda, cuando se limitan a considerar la situación bajo su aspecto monetario y económico, a menudo contribuyen a acarrear para los países endeudados, al menos a corto plazo, desocupación, recesión y drástica reducción del nivel de vida, cuyas víctimas son en primer lugar los más pobres y algunas clases medias. En una palabra, una situación intolerable y a mediano plazo desastrosa para los mismos acreedores.

El servicio de la deuda no puede ser satisfecho sino al precio de una asfixia de la economía de un país. Ningún Gobierno puede exigir moralmente de su pueblo que sufra privaciones incompatibles con la dignidad de las personas.

Puestos ante exigencias a menudo contradictorias, los países interesados no han tardado en reaccionar. Se han multiplicado las iniciativas a nivel regional e internacional. Algunos han preconizado soluciones unilaterales extremas. Pero la mayor parte ha tomado en cuenta el sentido global del problema y sus profundas implicaciones no sólo económicas y financieras, sino también sociales y humanas, que enfrentan a los responsables con opciones éticas.

Es acerca de este aspecto ético del problema que el Santo Padre Juan Pablo II, en varias ocasiones ha llamado la atención de los responsables internacionales, de modo particular en su Mensaje a la 40 Asamblea General de las Naciones Unidas, el 14 de octubre de 1985 (n. 5).

Consciente de su misión de proyectar la luz del Evangelio sobre las situaciones donde están comprometidas las responsabilidades humanas, la Iglesia invita de nuevo a todas las partes en causa a que examinen las implicaciones éticas de la cuestión de la deuda exterior de los países en desarrollo con el fin de llegar a soluciones justas y respetuosas de la dignidad de quienes padecen más duramente sus consecuencias.

Por esto el Santo Padre ha pedido a la Pontificia Comisión "Iustitia et Pax" que ahoque la reflexión sobre el tema y proponga a los diferentes protagonistas afectados —países acreedores y deudores, organismos financieros y bancos comerciales— criterios de discernimiento y un método de análisis "en vista de una consideración ética de la deuda internacional".

La Pontificia Comisión "Iustitia et Pax" expresa su más vivo deseo de que este documento pueda contribuir a iluminar las opciones de quienes ejercen responsabilidades en este campo hoy privilegiado de la solidaridad internacional.

Ella nutre también la esperanza de que estas reflexiones puedan devolver la confianza a las personas y a las naciones más desprotegidas al reiterar con fuerza que las estructuras económicas y los mecanismos financieros están al servicio del hombre y no a la inversa, y que las relaciones de intercambio y los mecanismos financieros que las acompañan pueden ser reformados antes de que las estrecheces de miras y los egoísmos privados o colectivos degeneren en conflictos irremediables.

Cardenal Roger ETCHEGARAY,
Presidente de la Pontificia Comisión
"Iustitia et Pax"

Jorge MEJIA,
obispo vicepresidente de la
Pontificia Comisión "Iustitia et Pax"

INTRODUCCION

Dirigentes políticos y económicos, responsables sociales y religiosos, opiniones públicas, todos lo reconocen: los niveles de endeudamiento de los países en desarrollo constituyen, por sus consecuencias sociales, económicas y políticas, un problema grave, urgente y complejo. El desarrollo de los países endeudados, y aún a veces su independencia, están comprometidos. Se han agravado las condiciones de existencia de los más pobres; el sistema financiero internacional padece sacudidas que lo resquebrajan.

De una parte y de otra, acreedores y deudores se han esforzado por encontrar, caso por caso, soluciones inmediatas y a veces también de más largo plazo. Insuficientes y limitados todavía, estos esfuerzos deben proseguir en el diálogo y la mutua comprensión para aclarar mejor los derechos y deberes de cada uno.

Si la coyuntura actual ha agravado la situación de los países en desarrollo al punto que algunos de ellos se encuentran al borde de la quiebra, incapaces de asegurar el servicio de sus deudas, especialmente en América Latina y en África, las estructuras financieras y monetarias internacionales son ellas mismas en parte cuestionadas. ¿Cómo se ha llegado a esto? ¿Cuáles cambios en los comportamientos y en las instituciones permitirán establecer relaciones equitativas entre acreedores y deudores, y evitar que la crisis se prolongue volviéndose más peligrosa?

Partícipe de esas graves inquietudes —internacionales, regionales y nacionales— la Iglesia quiere reiterar y precisar los principios de justicia y de solidaridad que ayudarán a encontrar las pistas de solución. Ella se dirige ante todo a los actores principales en los campos financiero y monetario; quiere también iluminar la conciencia moral de los responsables cuyas opciones no pueden ignorar los principios éticos, sin proponer, por ello, programas operativos ajenos a su competencia.

La Iglesia se dirige a todos los pueblos, especialmente a aquellos más indefensos, que sufren en primer término las repercusiones de estos desórdenes con un sentimiento de fatalidad, de aplastamiento, de latente injusticia y hasta de rebelión. Quiere devolverles la esperanza y la confianza en la posibilidad de salir de la crisis del endeudamiento con la participación de todos y el respeto de cada uno.

Estos graves problemas parecen deber ser abordados con una perspectiva global que sea al mismo tiempo una consideración ética. Por lo cual parece necesario indicar, en primer lugar, los principios éticos aplicables en esas situaciones complejas, antes de examinar las opciones particulares que los protagonistas pueden ser llevados a asumir, sea en situaciones de urgencia, sea en una perspectiva de corrección a medio o largo plazo.

El presente texto ha utilizado numerosos estudios ya publicados sobre la deuda internacional. Esta perspectiva global, de naturaleza ética, permite a todos los responsables, personas e instituciones, a nivel nacional y a nivel internacional, hacer una reflexión adecuada a las situaciones que les atañen.

A todos aquellos que le concederán su atención, la Iglesia les expresa desde ahora su convicción de que una cooperación que supere los egoísmos colectivos y los intereses particulares puede permitir una gestión eficaz de la crisis del endeudamiento y, más en general, señalar un progreso en el camino de la justicia económica internacional.

I. PRINCIPIOS ETICOS

1. CREAR NUEVAS SOLIDARIDADES

El endeudamiento de los países en desarrollo se sitúa en un amplio contexto de relaciones económicas, políticas, tecnológicas, que manifiestan la interdependencia acrecentada de las naciones y la necesidad de una concertación internacional para perseguir objetivos de bien común. Esta interdependencia, para ser justa, en lugar de conducir al dominio de los más fuertes, al egoísmo de las naciones, a desigualdades e injusticias, debe hacer surgir formas nuevas y ensanchadas de solidaridad, que respeten la igual dignidad de todos los pueblos (1). Así, la cuestión financiera y monetaria se impone hoy con nueva urgencia (2).

2. ACEPTAR LA CORRESPONSABILIDAD

La solidaridad supone la toma de conciencia y la aceptación de una corresponsabilidad en la deuda internacional respecto de las causas y las soluciones. Las causas de endeudamiento son internas y externas a la vez; específicas de cada país y de su gestión económica y política, provienen también de las evoluciones del ambiente internacional que dependen ante todo de los comportamientos y decisiones de los países desarrollados. Reconocer que se deben compartir las responsabilidades en las causas hará posible un diálogo para encontrar en común las soluciones. La corresponsabilidad considera el futuro de los países y de los pueblos, pero también las posibilidades de una paz internacional basada en la justicia.

3. ESTABLECER RELACIONES DE CONFIANZA

La corresponsabilidad contribuirá a crear o a restablecer entre las naciones (acreedoras y deudoras) y entre los diversos actores (poderes políticos, bancos comerciales, organizaciones internacionales) relaciones de confianza en vista de una cooperación en la búsqueda de soluciones. Valor indispensable, la confianza recíproca debe renovarse siempre; permite creer en la buena fe del otro, aun si, en las dificultades, no puede mantener sus compromisos, y tratarlo como un copartícipe. La confianza debe apoyarse sobre actitudes concretas que la fundamentan.

4. SABER COMPARTIR ESFUERZOS Y SACRIFICIOS

Para salir de la crisis del endeudamiento internacional, las diferentes partes deben ponerse de acuerdo a fin de compartir, de modo equitativo, los esfuerzos de reajuste

NOTAS

1) Cf. Pablo VI, Encíclica *Populorum progressio*, 26 de marzo de 1969, nn. 64, 65, 80.

2) Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, 22 de marzo de 1986, n. 89: "La solidaridad es una exigencia directa de la fraternidad humana y sobrenatural. Los graves problemas socio-económicos que hoy se plantean, no pueden ser resueltos si no se crean nuevos frentes de solidaridad: solidaridad de los pobres entre ellos, solidaridad con los pobres, a la que los ricos son llamados, y solidaridad de los trabajadores entre sí. Las instituciones y las organizaciones sociales, a diversos niveles, así como el Estado, deben participar en un movimiento general de solidaridad. Cuando la Iglesia hace esa llamada, es consciente de que esto le concierne de una manera muy particular".

y los sacrificios necesarios, teniendo en cuenta la prioridad de las necesidades de las poblaciones más indefensas. Los países mejor provistos tienen la responsabilidad de aceptar una más amplia participación.

5. SUSCITAR LA PARTICIPACION DE TODOS

La búsqueda de soluciones para superar el endeudamiento incumbe ante todo a los actores financieros, pero incumbe también a los responsables políticos y económicos. Todas las categorías sociales están llamadas a comprender mejor la complejidad de las situaciones y a cooperar en las opciones y en la realización de las políticas necesarias. En estos nuevos campos éticos, la Iglesia es interpelada a fin de que puntualice las exigencias de la justicia social y de la solidaridad, frente a las situaciones de cada país ubicadas en el contexto internacional.

6. ARTICULAR LAS MEDIDAS DE URGENCIA Y LAS DE LARGO PLAZO

Para ciertos países la urgencia impone soluciones inmediatas en el marco de una ética de supervivencia. El esfuerzo principal caerá sobre el restablecimiento dentro de un plazo fijo de la situación económica y social: reactivación del crecimiento, inversiones productivas, creación de bienes, repartición equitativa... Para evitar el retorno a situaciones de crisis, gracias a las variaciones demasiado bruscas del contexto internacional, hay que estudiar y promover una reforma de las instituciones monetarias y financieras (3).

II. ATENDER A LAS URGENCIAS

Para ciertos países en desarrollo, el total de las deudas contraídas, pero sobre todo los reembolsos exigibles cada año, alcanza un nivel tal en relación a sus recursos financieros disponibles que son incapaces de hacerles frente sin dañar gravemente su economía y el nivel de vida de su población, sobre todo de los más pobres. Esta situación crítica es todavía agravada por circunstancias externas que contribuyen a disminuir sus ingresos de exportación (bajo precio de las materias primas, dificultad de acceso a los mercados extranjeros protegidos), u obstaculizan el servicio de sus deudas (tasas de interés elevadas e inestables, fluctuaciones excesivas e imprevisibles de las tasas de cambio de las monedas). Incapaces de satisfacer sus compromisos con sus diversos acreedores, algunos países se encuentran al borde de la quiebra. La solidaridad internacional conduce a tomar medidas de urgencia para asegurar la supervivencia de esos países.

Se trata ante todo de suscitar el diálogo y la cooperación de todos en orden a una ayuda inmediata. Se trata también de evitar las suspensiones de pago susceptibles de hacer vacilar el sistema financiero internacional con riesgo de provocar una crisis generalizada. Una ética de supervivencia debe guiar así los comportamientos y las decisiones; evitar las rupturas entre acreedores y deudores y las denuncias unila-

3) "La solidaridad internacional es una exigencia de orden moral que no se impone únicamente en el caso de urgencia extrema, sino también para ayudar al verdadero desarrollo. Se da en ello una acción común que requiere un esfuerzo concertado y constante para crear una nueva mentalidad entre los hombres de hoy. De ello depende en gran parte la paz del mundo": Congregación para la Doctrina de la fe, *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, 22 de marzo de 1986, n. 91.

terales de compromisos anteriores; respetar al deudor insolvente y no imponerle exigencias inmediatas que no podría sobrellevar; aunque legales, tales exigencias pueden ser abusivas. A partir del Evangelio, otros comportamientos deberían ser examinados, como la aceptación de moratorias, la remisión parcial o incluso total de las deudas, ayudar a los deudores a recobrar su solvencia.

Las necesidades inmediatas de los países afectados de este modo son prioritarias, sin olvidar por cierto las perspectivas más amplias de la comunidad internacional y la ejemplaridad de las soluciones adoptadas.

Pertenece a la responsabilidad de los dirigentes de un país seguir con atención la evolución de su deuda externa a fin de evitar, por imprevisión o gestión imprudente, el tener que afrontar bruscamente semejante situación externa.

Prever, prevenir y atenuar tales choques, que favorecen sin razón a algunos y penalizan demasiado a otros, dando lugar a especulaciones abusivas, ayudaría a sanear las relaciones económicas internacionales y favorecería un acuerdo acerca de las necesarias medidas de urgencia. Hay que disponer rápidamente estructuras de coordinación: instituir las de antemano permitiría su funcionamiento inmediato, a ejemplo, cabe decir, de los planes permanentes de seguridad y auxilio existentes en otros sectores de actividad para hacer frente a eventuales catástrofes y salvar muchas vidas humanas.

Entre las organizaciones internacionales algunas tienen, por razón de su mandato, una responsabilidad especial. El Fondo Monetario Internacional (FMI) está encargado, en particular, de ayudar los Estados miembros a superar los desequilibrios de su balance de pagos y a remediar sus ocasionales dificultades. Dispone, a este efecto, de medios financieros: su función y sus diversas modalidades de intervención se han desarrollado mucho en estos últimos tiempos. No obstante, en muchos casos sus decisiones han sido mal recibidas por los países en dificultad, sus dirigentes y la opinión pública. Estas decisiones pudieron parecer impuestas de modo autoritario y tecnocrático, al margen de una suficiente consideración de las urgencias sociales y las especificidades de cada situación. Convendría que el diálogo y el servicio a la colectividad sean vistos como los valores que guían sus acciones.

Ante las medidas de urgencia, los diversos acreedores —Estados y bancos comerciales— tienen también una real responsabilidad. Para asumirla con justicia y eficacia, sin presión abusiva sobre el deudor, se requiere una coordinación que mire a la repartición de las cargas inmediatas en relación con los países en dificultad y con el FMI.

La corresponsabilidad vale para la búsqueda de las causas y para las medidas inmediatas a tomar. Así, se requiere particular atención a fin de discernir, entre las causas del endeudamiento de un país, aquellas que sean imputables a mecanismos globales que parecen escapar a todo control, como las fluctuaciones de la moneda en la que se concluyen los contratos internacionales, las variaciones de los precios de las materias primas, objeto, a menudo, de especulaciones en los grandes mercados de la Bolsa, o la brusca caída de las cotizaciones del petróleo.

Correr al remedio de lo más urgente es indispensable, pero insuficiente. Ello sería incluso ilusorio si no se crearan al mismo tiempo las condiciones de un saneamiento económico y financiero para el futuro. Muy a menudo, la crisis no depende solamente de un simple accidente conyuntural, sino de causas más profundas que el accidente no hace más que revelar. Las soluciones de urgencia deben articularse con medidas de reajuste para el mediano y largo plazo.

III. ASUMIR SOLIDARIAMENTE LAS RESPONSABILIDADES DEL FUTURO

Las relaciones financieras y monetarias entre las naciones son complejas y cambiantes. Cada nación, por el valor de su moneda, por sus intercambios comerciales, por los recursos naturales de que dispone y su capacidad técnica de explotarlos, pero igualmente por el grado de confianza que inspira en el exterior, ocupa una posición de debilidad o de fuerza, de poder o de dependencia, también ella mudable.

Se requiere pues un análisis profundo a fin de puntualizar las responsabilidades específicas de cada nación, en lo inmediato y en un plazo determinado. Una primera consideración permite reconocer una pluralidad de actores y organizaciones en cuyo seno actúan, con funciones específicas y espacios de libertad —por consiguiente de iniciativa y de responsabilidad— más o menos vastos. Estos actores, diferentes por sus funciones y sus posiciones internacionales, son en particular: los países industrializados y los países en desarrollo; los Estados acreedores y los Estados deudores; los bancos comerciales internacionales y nacionales; las grandes empresas internacionales; las organizaciones financieras multilaterales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Bancos regionales). Atendiendo sucesivamente al papel de cada uno de esos actores, y a los medios y los márgenes de libertad de que disponen, será posible establecer mejor su responsabilidad respectiva y proponer los principios éticos que podrán guiar sus decisiones, cambiar sus comportamientos, transformar las instituciones para brindar un mejor servicio a la humanidad. Todos son llamados a edificar un mundo más justo, y uno de sus frutos será la paz. "Nosotros consideramos que la paz es como el fruto de las relaciones justas y honestas en todos los aspectos de la vida de los hombres en esta tierra, aspectos sociales, económicos, culturales y morales. . . A vosotros, hombres de negocios que sois responsables de los organismos financieros y comerciales, dirijo mi llamado: examinad de nuevo vuestras responsabilidades frente a vuestros hermanos y hermanas" (4).

Esta mirada nueva a las propias funciones permitirá escapar a la tentación del fatalismo o la impotencia ante la complejidad de las interdependencias, y crear nuevos espacios de libertad y, por consiguiente, de responsabilidades a asumir y a compartir.

III.1. Responsabilidades de los países industrializados

En el mundo de crecientes interdependencias entre las naciones, una ética de solidaridad ampliada contribuirá a transformar las relaciones económicas (comerciales, financieras y monetarias) en relaciones de justicia y de servicio recíproco, mientras son con frecuencia sólo relaciones de fuerza y de interés (5).

En razón de su mayor poder económico, los países industrializados tienen una responsabilidad más seria que deben reconocer y aceptar, incluso si la crisis económica los ha enfrentado a menudo con los graves problemas del paro y la reconversión (6). Estamos lejos del tiempo cuando podían comportarse descuidando los

4) Juan Pablo II, *Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz 1986*, nn. 4 y 7.

5) Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, n. 16: "Entre las naciones dotadas de fuerza y las que no la tienen se han instaurado nuevas relaciones de desigualdad y opresión. La búsqueda del propio interés parece ser la norma de las relaciones internacionales, sin que se tome en consideración el bien común de la humanidad".

6) Cf. *ib.*, n. 90: "El principio del destino universal de los bienes, unido al de la fraternidad humana y sobrenatural, indica sus deberes a los países más ricos con respecto a los países más pobres. Estos deberes son de solidaridad en la ayuda a los países en vías de desarrollo; de justi-

efectos de sus propias políticas sobre las otras naciones. Les corresponde evaluar las repercusiones, positivas y negativas, en los otros miembros de la comunidad internacional y modificarlas si las consecuencias pesan demasiado sobre otros países, especialmente los más pobres. Descuidar tales efectos de la interdependencia o no procurar evaluarlos y dominarlos es fruto del egoísmo colectivo de una nación. Formar las opiniones a la apertura internacional y a los deberes de la solidaridad ampliada toca a los responsables sociales, económicos, educativos, religiosos, y también especialmente a los dirigentes políticos, a menudo más proclives a dar prioridad exclusiva a los intereses nacionales, que a explicar a sus conciudadanos los aspectos positivos de una repartición más equitativa de los bienes a nivel internacional. El Papa Pablo VI lo indicaba ya en su encíclica sobre "El desarrollo de los pueblos" (n. 84): "Hombres de Estado, a vosotros os incumbe movilizar vuestras comunidades en una solidaridad mundial más eficaz, y ante todo hacerles aceptar las necesarias disminuciones de su lujo y de sus dispendios para promover el desarrollo y salvar la paz". Un llamado a la coparticipación, incluso a una cierta austeridad, será atendido sólo si se apela a los valores de fraternidad y de solidaridad en vista de la paz y del desarrollo.

Ante el desafío de la deuda en aumento de los países en desarrollo, la responsabilidad de los países industrializados se aplica a los siguientes campos específicos:

1. La deuda de los países en desarrollo se ha agravado a causa de la crisis económica mundial, cuyos efectos (descensos del nivel de vida de los más pobres, aumento del desempleo...) han pesado sobre sus poblaciones. Una reactivación durable y sostenida del crecimiento en los países industrializados ayudará a la economía mundial a salir de la crisis, y a los países endeudados a hacer frente a las obligaciones de su deuda a mediano y largo plazo sin comprometer demasiado su propio desarrollo. Mediante sus políticas económicas, los países industrializados se esfuerzan, por ellos mismos y sus poblaciones, por reanimar el crecimiento económico, pero deberían medir los efectos que ello produce en los países en desarrollo, y modificar si fuera necesario, las reglas actuales del comercio internacional que se oponen a una repartición más justa de los frutos de ese crecimiento. De lo contrario, ello podría marginar aún más los países más pobres y aumentar la desigualdad entre las naciones. Poner por obra políticas económicas que den un nuevo impulso al crecimiento en beneficio de todos los pueblos controlando a la par la inflación, fuente de nuevas desigualdades, es una tarea difícil, pero estimulante. Ella exige de los responsables políticos, económicos y sociales cualidades de competencia y desinterés, apertura a las necesidades de las otras naciones, imaginación para identificar nuevas pistas.

2. Los países industrializados deben renunciar a las medidas de proteccionismo que crearían dificultades a las exportaciones de los países en desarrollo, y esto favorecerá sus posibilidades económicas, sobre todo si los conocimientos técnicos son compartidos. Los países industrializados serán llevados a prever una reconversión de sus economías atendiendo oportunamente a los efectos sociales en sus propias poblaciones. La actual competencia técnica y económica entre todos los países —ante todo entre los mismos países industrializados— se vuelve desenfrenada y asume el aspecto de una guerra sin cuartel que ignora los efectos perniciosos sobre los más débiles. La Iglesia, atenta a los llamados de éstos, invita a todos los hombres de buena voluntad, y especialmente a los responsables políticos y económicos, a buscar las vías para una mejor repartición internacional de las actividades económicas y del trabajo (7).

3. Las tasas de interés monetario practicadas por los países industrializados son

elevadas y dificultan el reembolso de la deuda en los países en desarrollo. Una coordinación de las políticas financieras y monetarias de los países industrializados permitirán rebajarlas a un nivel razonable y evitar las fluctuaciones erráticas de las tasas de cambio. Estas últimas favorecen las ganancias especulativas ilícitas y las evasiones de capitales nacionales, nueva causa de empobrecimiento para los países en desarrollo.

4. Debe hacerse nuevamente un atento examen de las condiciones del comercio internacional (en particular, la inestabilidad de los precios de las materias primas), en concierto con todos los países y utilizando las competencias de las instituciones internacionales implicadas, a fin de hacer prevalecer mejor las exigencias de justicia y solidaridad internacionales, donde dominan exclusivamente los intereses nacionales.

Tomar disposiciones para reactivar el crecimiento, reducir el proteccionismo, rebajar las tasas de interés, valorizar las materias primas, todo esto parece corresponder hoy a la responsabilidad de los países industrializados a fin de cooperar a "un desarrollo solidario de la humanidad" (8).

III.2. Responsabilidades de los países en desarrollo

Aceptar la corresponsabilidad internacional significa para los países en desarrollo, proceder a un examen de las causas internas que han contribuido a aumentar la deuda. Significa también contemplar las políticas necesarias de saneamiento a fin de aligerar, en lo que de ellos depende, el peso de la deuda, y promover su propio desarrollo conforme a la perspectiva de la Encíclica de Pablo VI ya citada: "La solidaridad mundial, cada día más eficiente, debe permitir a todos los pueblos el llegar a ser por sí mismos artífices de su destino", con la aspiración de que "venga ya el día en que las relaciones internacionales lleven el sello del mutuo respeto, de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción común bajo la responsabilidad de cada uno" (9).

Un examen exacto de la deuda actual revelará la particularidad de cada país en desarrollo, tanto respecto de las causas internas como de las soluciones y las posibilidades futuras. La diversidad de estas situaciones nace de factores múltiples: recursos naturales más o menos abundantes y más o menos bien administrados (productos energéticos y mineros, espacios cultivables, clima, facilidades de comunicación); valorización de los recursos humanos; orientaciones de las políticas nacionales (económicas, sociales, financieras, monetarias). El examen hecho caso por caso, permitirá una evaluación más justa de las responsabilidades y las soluciones adoptadas, teniendo siempre en cuenta las solidaridades entre todos los países en desarrollo que pueden concertarse, con buena razón, a nivel regional y mundial.

Es de desear que todos los responsables de un país participen en este examen de la situación, especialmente de la crisis financiera y monetaria que atraviesa. Deberán tener el coraje cívico y moral de informar, con un afán de verdad y participación, a sus poblaciones acerca de la parte de responsabilidad que toca a cada uno y a cada categoría social, con el fin de crear un consenso sobre los necesarios reajustes

cia social, mediante una revisión en términos correctos de las relaciones comerciales entre Norte y Sur y la promoción de un mundo más humano para todos".

7) Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Laborum exercens*, 14 de septiembre de 1981, n. 18.

8) Cf. Pablo VI, Encíclica *Populorum progressio*, nn. 56 al 66.

9) *Ib.*, n. 65.